REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

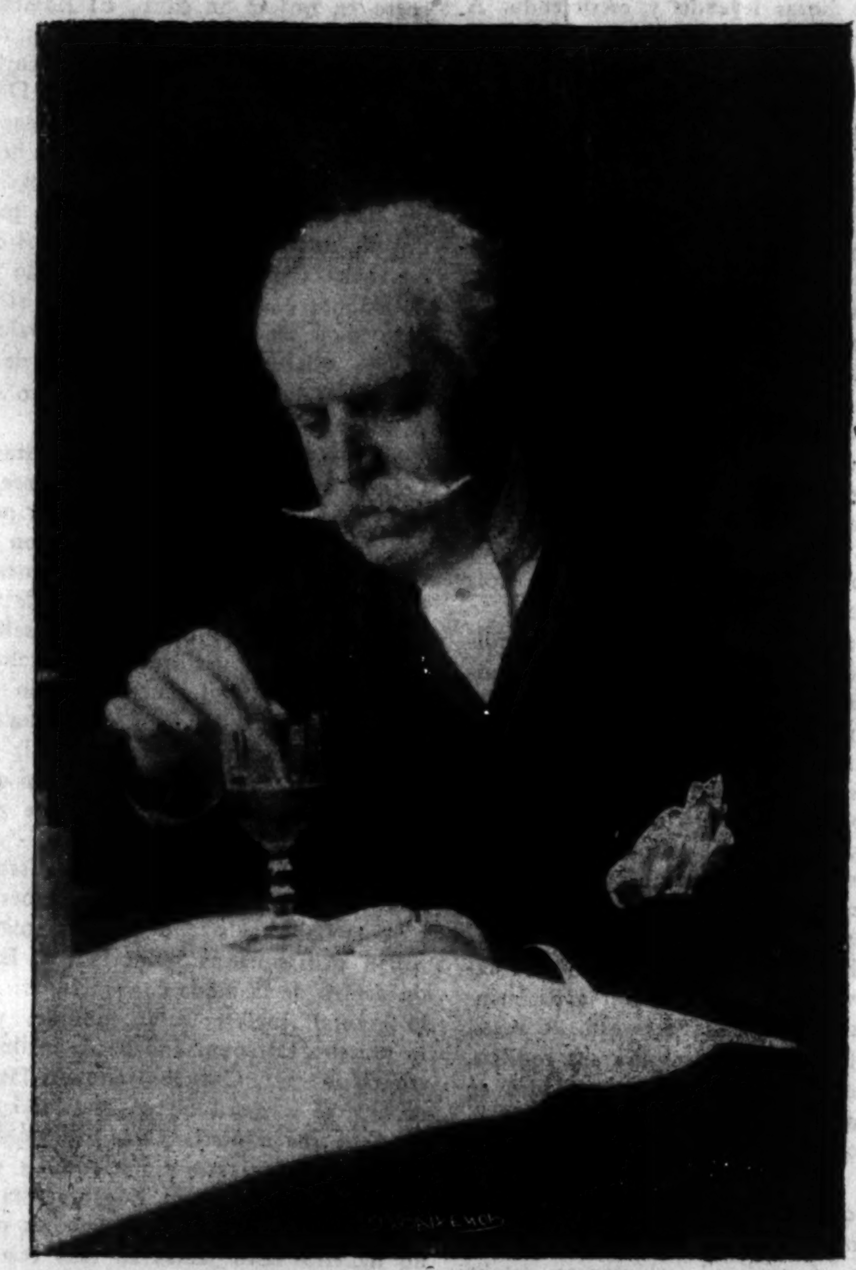
Tomo XLIII | San José, Costa Rica | 1948 | Sábado 12 de Junio | No. 22

Año XXVIII — No. 1049

El próximo 6 de enero se cumplen cien años del nacimiento de Don Manuel González Prada, uno de los más altos y luminosos númenes de la nacionalidad. Adelantándonos a los homenajes que habrá de rendirse a su memoria, nos es grato ofrecer a los lectores de esta página de artes y letras, la vívida y sugestiva evocación que su hijo Alfredo hiciera en 1943, a pedido del Director de *Books Abroad*, revista de la Universidad de Oklahoma, y publicado en el verano de dicho año.

Al reproducirla del libro *Redes para cazar la nube* (Editorial P. T. C. M.), cumplimos con recordar a su ilustre autor, sensiblemente desaparecido cuando su talento y experiencia anunciaban una ópima cosecha.

(Nota de *La Tribuna* de Lima, 1º de enero de 1948).



Manuel González Prada

RECUERDOS DE UN HIJO

Por *Alfredo GONZALEZ PRADA*.

(En *La Tribuna*. Lima, enero 1º de 1948)

Es una extrañísima sensación la que experimento al verme escribiendo sobre mi propio padre. Pero, como el director de *Books Abroad* ha insistido tan amablemente, no me puedo negar más, y trataré de reunir, en notas hasta hoy no publicadas, retazos de recuerdos y unas cuantas anécdotas que sirvan para esclarecer más la vida, la obra y la actitud de un escritor peruano de la generación pasada.

*

Mi padre era alto —un poco más de seis pies— muy erguido y de complexión atlética; de ojos azules, nariz perfecta, cabellos plateados, barbilla agresiva y un todavía más agresivo bigote a lo Lord Kitchener. (Hasta los cuarenta y cinco usó patillas a la española; pero un día, yendo por la calle, se miró a un espejo y se vió "tan absurdo con aquellos pelos", que entró al punto a una barbería y se los hizo afeitar). Solía caminar con gran dignidad, lo cual era, sin duda, una de sus más saltantes características. Un periodista chileno, Jorge Hübner Bezanilla que, en 1917, pasó varios meses en Lima, escribía, poco después de la muerte de mi padre, lo siguiente: "Yo lo vi pasar cien veces por las calles de Lima: alto, magnífico, atrayendo todas las miradas. Su elegante manera reflejaba la serenidad de su alma. Su personalidad era tan fuerte, que daba la impresión de un hombre capaz de encararse a una asamblea tumultuosa y hostil, e imponerle silencio con sólo un gesto de su mano".

En casa era muy distinto. Por ser uno de los más beligerantes escritores de Hispanoamérica, la leyenda lo presentaba como un hombre violento y amargado. La realidad difería mucho: era tranquilo y pacífico, alegre y hasta juguetón. Pero, lo más extraño es que tal diferencia entre la impresión que causaba y la realidad en que vivía, encuentra curioso paralelo en sus escritos: toda su prosa es severa; mas gran parte de sus versos, en especial los inéditos, son satíricos y humorísticos.

Etnicamente, mi padre era casi totalmente español. Su familia, por ambas líneas, venía de Galicia, la céltica región noroccidental de la Península; pero tenía alguna sangre irlandesa, por una de sus abuelas maternas, hija de madre española y padre irlandés. Este, de apellido O'Phelan, fué uno de los refugiados religiosos que, en el siglo XVIII, emigraron de Irlanda en pos de asilo, hacia las católicas colonias del rey de España, y casaron con mujeres de su propio rito en la patria adoptiva. Ninguno de los biógrafos de mi padre (ni siquiera Luis A. Sánchez, el más acucioso de todos) ha concedido gran importancia a la influencia de ese remoto abolengo no-hispánico. Quizás tuvieron razón, pero siempre me sorprendió observar los profundos rasgos de irlandés que mostraba su psicología, sin hablar de su aspecto físico como, por ejemplo, su notable parecido con Parnell sin barba, pero con la misma nariz, los mismos ojos, la misma frente luminosa y la misma arrogancia.

Vivíamos —mi padre, mi madre y yo— en una pequeña y atrayente casita en el centro de Lima, una casa de un piso, con su patio lleno de plantas y flores, y una gran enredadera, en la que, por primavera, hacían los pájaros sus nidos. La casa tenía seis o siete piezas y un espacioso traspatio. A la izquierda del patio, entrando a la casa, había una "ventana de reja": pequeño departamento de dos piezas, con una ventana enrejada sobre la calle. (Esas "ventanas de reja", que ahora están desapareciendo de Lima, son uno de los residuos de la arquitectura hispano-colonial típica) Fué ahí donde, por más de treinta años, vivió mi padre (1887-1918); ahí tenía su escritorio y su biblioteca.

Como regla general, se levantaba hacia las

siete de la mañana; tomaba el desayuno con mi madre y conmigo y el resto del día lo pasaba en su gabinete, excepto el intervalo del almuerzo, o cuando se le ocurría —con frecuencia— ir a la escuela, a mediodía, por mí. Yo tenía entera libertad para interrumpirlo a mi gusto y sabor; él era el reverso de los hombres disciplinarios, y mis interrupciones, si no siempre bien recibidas, al menos eran amablemente toleradas. En su escritorio empleaba las horas leyendo y escribiendo. A veces, yo me le acercaba y le decía: "Pero, papá, tú no haces *nada;* tú lees todo el tiempo".

El se reía divertido, pero no me contestaba, pensando, acaso, en la malévola acusación de "ocioso" lanzada contra él. Sus compatriotas no podían entender la invisible, pero extenuadora tarea de un hombre de letras. ¿Cómo podía un hombre pasar sus días leyendo y escribiendo? ¿Cómo podía un hombre inteligente contentarse con un pequeño ingreso y no buscar un puesto de Gobierno o en alguna empresa lucrativa? ¿Cómo podía un hombre dedicar su vida a la literatura, ocupación que, de acuerdo con los patrones de vida sudamericana, se suponía monetariamente improductiva *per se?* Los romanos calificaban a esta clase de vida con tres palabras, tomadas de Cicerón: "otium cum dignitate"; pero los peruanos de las generaciones precedentes usaban una sola palabra: ociosidad.

Mi padre solía sentarse en una incomodísima silla, frente al escritorio, leyendo, tomando notas, sumido en sus pensamientos. Esa predilección peculiar por los asientos duros, es muy española; cada vez que veo esas hostiles y angulosas sillas de vaqueta, en que mis abuelos se sentaban, comprendo el estoicismo con que los españoles sobrellevaron tantos contrastes a través de los siglos, no necesariamente para conquistar tierras remotas, sino también en la supuesta comodidad del hogar... En esa silla, mi padre se sentaba horas de horas: extático, inmóvil, aparentemente sin experimentar nunca la necesidad de descanso. A veces, el perro o el gato saltaban sobre sus rodillas, y como Buda, con los pájaros anidados en lo alto de su cabeza, mi padre permanecía en la misma postura para no perturbar el sueño del animal.

Los libros tuvieron gran importancia en la vida de mi padre. Su biblioteca, no muy grande (cerca de tres mil volúmenes), estaba admirablemente escogida según sus preferencias. Pero, aparte de los deleites que le proporcionaba, constituía su tenaz preocupación, a causa de las polillas, esos voraces insectos de la costa peruana, capaces de devorar un libro en pocas horas, y de traspasarlo de tapa a tapa con la cruel perfección de un taladro. Varias veces al año se realizaba la importante ceremonia de "limpiar los libros": cada tomo tenía que ser meticulosamente empapado en kerosene, mezclado con ciertos productos químicos (junto a la cubierta, a fin de no humedecer las hojas), único medio más o menos eficaz de defenderlas contra las polillas. Mi padre ejecutaba este trabajo personalmente, desde la misma preparación del insecticida. El era experto químico (supervivencia de sus días de agricultor y de sus investigaciones para fabricar almidón industrial) y ponía gran interés en tales experimentos. Yo no recuerdo si al fin logró encontrar la fórmula del perfecto "polillicida", pero, sin duda, tuvo pleno éxito en hacer que su biblioteca fuera la más olorosa que jamás haya conocido yo en toda mi vida...

Verlo coger un libro era un placer: trataba hasta las más ordinarias ediciones, con el mayor cuidado y respeto. Nunca marcaba una página ni con la más leve rayita de lápiz pero agregaba al final del tomo una estrecha tira de papel en la que apuntaba sus notas y referencias.

Recuerdo un incidente particularísimo, que muestra a qué extremos lo llevaba su bibliofilia. Un día, en Lima, mi padre y yo íbamos en un tranvía, frente a un hombre absorto en hojear un libro. El hombre parecía un cualquiera, pero el libro era una edición espléndida: un *in-quarto* con magníficos grabados y las páginas sin cortar. De pronto, usando la mano a guisa de corta-papel, el individuo metió los dedos entre las hojas, hizo un violento ademán y empezó a abrir el pliego, dejando el filo de las páginas más dentado que una sierra. Esto ocurrió dos o tres veces. Miré a mi padre; estaba pálido de rabia: "Vámonos —me dijo—; porque si este bárbaro sigue así, lo voy a tirar abajo".

El "bárbaro" estaba a punto de "atacar" la página siguiente, cuando el carro se detuvo y nosotros bajamos.

El retrato que aparece con estas páginas fué tomado por mí en 1915. Durante un tiempo, en mi juventud, solía yo andar por la casa con mi "cámara" amenazando con una instantánea, dueño de esa terrible insistencia de los novicios. Una de las fobias de mi padre era su propia fotografía. Para desalentar mis propósitos, cada vez que lo enfocaba con mi lente, me hacía mil muecas, riendo de buena gana de la facilidad con que daba al traste con mis intenciones. Pero, un día le sorprendí desprevenido. Y hélo aquí: sentado a la mesa del comedor, preparando goma de pegar para sus papeles.

El parecido es notable, y la semisonrisa, una de sus más típicas expresiones cuando, bajo la habitual serenidad de su rostro, retozaban pensamientos humorísticos. Está vestido dentro de la moda convencional; pero, por lo general, prefería estar cómodo, y la foto lo muestra tal como andaba de ordinario dentro de la casa. Opinaba, citando las palabras de George Bernard Shaw, que los cuellos duros eran una molestia y que pantalones y sacos debían "humanizarse según rodillas y codos". Invariablemente, en el hogar usaba un corbatín blanco, hecho por mi madre: no recuerdo haberlo visto jamás en casa con ninguna otra prenda al cuello.

Este retrato tiene un interés singular: mi padre murió de un ataque al corazón inmediatamente después del almuerzo, el 22 de julio de 1918, sentado tal como aquí aparece. Murió como lo deseaba: con la repentinidad de un rayo, y no sólo se libró de una larga enfermedad, ese terrible prefacio de la muerte, sino que ni siquiera se dió cuenta de la proximidad del desenlace, por lo súbito del golpe.

Con respecto a su salud, debo decir que fué extraordinariamente afortunado durante su existencia: no estuvo nunca en cama, ni sufrió su carne el bisturí de un cirujano. Ni siquiera conoció el taladro del dentista: murió a los setenta con sus treinta y dos dientes intactos.

*

Otra de las fobias de mi padre era la de las cartas. La correspondencia podía amontonarse sobre su escritorio, en espera de respuesta que jamás llegaba a escribir. Mantenía de modo absoluto una total no-correspondencia. Escribir cartas era para él una como imposibilidad física: recuerdo haberlo visto, por largo ratopluma en mano, ante el papel intacto, aparentemente vacío de pensamiento. En 1915, Rufino Blanco Fombona publicó un ensayo sobre mi padre, uno de los mejores estudios críticos que se hayan escrito en América Latina sobre un autor vivo: mi padre nunca pudo encontrar tiempo utilizable para enviar unas líneas a Blanco Fombona.

Hacia 1900 recibió una carta de Unamuno. Bastante sorprendido, le respondió. Pudo haber seguido, entonces, una interesante correspondencia; pero, a la segunda carta, Unamuno abordó uno de sus temas favoritos: su desagrado hacia los autores franceses, porque "escriben con excesiva claridad". Mi padre, para quien la lucidez en la expresión constituía el "sine qua non" de un escritor, no estaba de acuerdo con Unamuno, pero, decidido a no entrar en debate al respecto, no contestó jamás la carta. Generosamente, el gran filósofo español no mostró ningún resentimiento y, al contrario, poco después, hablaba de mi padre con los más calurosos términos, en sus *Ensayos.* De *Páginas Libres,* dijo: "Es uno de los pocos, de los muy pocos libros latinoamericanos que he leído más de una vez; y uno de los pocos, de los poquísimos, de los cuales tengo un recuerdo vivo".

*

A propósito de polémicas.

Siendo como era, primordialmente, un escritor de combate, un polemista, resulta paradójico que mi padre nunca mantuviera una sola controversia pública. Su estrategia consistía en atacar y siempre atacar, sin defenderse nunca, sin replicar a su antagonista. Ningún insulto ni calumnia lograron apartarlo de esta línea.

En uno de sus ensayos publicados, confiesa su admiración hacia la indeferencia de Renán para con los ataques de sus adversarios. Es un apunte volandero. Pero, entre sus escritos inéditos, sí he encontrado un párrafo que define esa su política de indiferencia:

"Evitemos las dificultades y arrojemos la semilla dejando que el viento la lleve donde quiera llevarla: de mil granos, uno siquiera germina; de mil palabras, alguna despierta un eco. El que discute, se expone a dejarse conducir por el que quiere empujarnos. Se empieza por un monólogo en las nubes y se acaba por un diálogo en el lodazal...

"Si la discusión produce algún bien, es arraigarnos en nuestras convicciones y hacernos ver con más claridad al adversario. Alejandro Dumas aconsejaba: "No discutáis jamás, no convenceréis a nadie. Las opiniones son como los clavos: cuanto más se les golpea, más se les hunde".

En el Perú —uno de los más conservadores y reaccionarios países del Continente— mi padre sigue siendo considerado un rebelde. Combatió con persistencia y furia poco peruanas contra la corrupción política, la hipocresía religosa, la injusticia social. Más que exactamente un rebelde, fué un inconforme, como la mayoría de los grandes escritores. Así, la observación del cardenal de Retz, "on prend pour révolte tout ci qui n'est pas soumission", resulta muy justa aplicada a los escritores contemporáneos de América Latina, de la misma manera como se le aplicó a los de la Francia de Luis XIV. Y así también, por su individualismo, su voluntario aislamiento y su apostolado solitario, mi padre pudo repetir a sus compatriotas las palabras de Byron en el *Childe Harold:*

I stood.
Among them, but not of them (1).

(1) "Estoy entre ellos, pero no soy como ellos".

Con la viuda de don Manuel González Prada

(En *La Tribuna*. Lima, 8 de enero de 1948)

Sra. *Adriana Verneuill de González Prada*, viuda del gran escritor nacional cuyo centenario se celebra dentro de breves días. La figura de esta matrona cobra extraordinarios perfiles en estos momentos en que se preparan los homenajes a la memoria de su ilustre esposo. Autora de *Mi Manuel*, libro de gran actualidad en el que se evoca toda una vida de amor, de comprensión y de lucha al lado del gran patricio, la palabra de la señora Adriana Verneuill de González Prada ha de ser escuchada con gran atención por los lectores de esta página de artes y letras.

Firme la voz y firme también el corazón. Es como un largo sueño de amor la madeja clarísima de sus recuerdos. En sus ojos azules la distancia inseparable de su cariño por el ausente. Adriana Verneuil, la viuda de don Manuel González Prada, sigue enamorada del maestro. No tiene la palabra ajada y no tiemblan tampoco ni sus manos ni sus ideas. Vive consagrada al recuerdo del compañero y al cuidado de su obra. Es un caso extraordinario! asistirá al centenario del nacimiento de su esposo. Sus ochentidós años, dulcemente tristes, no han roto ni una sola de sus esperanzas y no le han restado claridad a su mente ni entereza a su pensamiento. La hemos visitado ayer paladeando una emoción arrancada tal vez del fondo de la sangre. Nos hemos sentado cerca de ella, alrededor de los recuerdos. Hemos tomado de ellos el tiembre y sus resonancias presentes.

Al principio le oigo la voz, pero no la escucho. Frente a nosotros, una inmensa fotografía de don Manuel repite su noble perfil de guerrero. Es Manuel a los cincuenta años, nos dice la señora, y es también la única que lo retrata exactamente. A ella se aferra el recuerdo con más intensidad. Medio siglo de vida consagrada al ejercicio de la virtud y de la decencia. El 6 de enero van a cumplirse cien años de su nacimiento. La señora Adriana nos declara, que hubiera deseado como el mejor homenaje a la memoria del maestro, la edición de sus obras completas, pero no en ediciones de lujo, sino en libros modestos, baratos, al alcance de todos. Hacerlo conocer de todos y difundir su pensamiento sería el mejor homenaje para el varón desaparecido.

—El mejor centinela de su memoria —agrega— es Víctor Raúl Haya de la Torre. El lo supo comprender y lo ha sabido amar. La creación de las Universidades Populares González Prada son su mejor monumento, porque su vida y su obra se ha levantado sobre el pedestal del alma popular. Si Manuel viviera estaría con él y con sus ideas. Si Alfredo estuviese vivo también estaría al lado de Haya de la Torre. ¡Cuánta falta hace Alfredo en esta lucha que está viviendo el pueblo peruano! Si no hubiese muerto, con toda seguridad, que para el centenario del nacimiento de su padre, las obras completas de Manuel estarían editadas.

Recuerda que Alfredo vivió diez años entregado a la tarea de ordenar la producción de su padre. Luego, un paréntesis de silencio, tal vez acentuado de luto. La muerte de Alfredo y su recuerdo cerca nuestros pensamientos. Solía —nos dice— trabajar en la obra de su padre desde las seis de la mañana, tratando de pasar en limpio las palabras escritas en una letra menuda y muy difícil de leer. Su muerte fué injusta. Cuando él me anunció su propósito de dejarme, yo, su madre, no le pude decir nada.

—El recuerdo de Manuel vive en mí inalterable. No hay un solo instante en que no piense en él —nos dice la señora en un recodo sentimental de la charla—. Vivimos juntos treinta años y nunca nos separamos ni un minuto hasta que aceptó la Dirección de la Biblioteca Nacional. El se marchaba a la una de la tarde, pero yo estaba a su lado a las 4 en punto. Así hemos vivido hasta que nos separó la muerte para siempre. Irremediable silencio que no puedo romper ni con la esperanza, porque no soy religiosa.

También está enterada del cobarde ataque que los miserables han desatado en un diario de Lima contra la memoria del maestro. Le preguntamos si lo ha leído y nos contesta que no. Se lo han contado. Son los mismos de ayer, en metamórfosis negativa. Las raíces del odio provienen desde lejos. Es la lucha de los débiles contra la grandeza y generosidad de los fuertes. Pero don Manuel desde su silencio sigue batallando contra ellos, y sigue ganando laureles. No podrán nunca opacar su verbo ni con el lodo ni con el dinero. Su palabra se levanta sobre todo.

—No leo ni *La Prensa* ni *El Comercio*. No les daré el gusto de que apresuren mi muerte.

Se inclina la conversación sobre el tema político. No lo queremos tratar, pero es inevitable. Hablamos de ayer y de hoy. Recordamos *Figuras y Figurones* de Don Manuel. La señora se ríe de buena gana. ¡Cómo les dolió a los plutócratas la palabra del maestro! Hasta Piérola cayó bajo la artillería del gran prosista. Aquí hacemos un reparo. La señora no cree que Piérola fuese un demócrata.

—Piérola —repite— fué lo que dice Manuel en su libro. El primer demócrata fué Manuel González Prada y su herencia maravillosa de lucha y de grandeza moral, sin duda seguirá como hasta hoy, en buenas manos para bien del Perú.

En el Auditorium de la Casa del Pueblo

(En *La Tribuna*. Lima, 8 de enero de 1948)

En el Auditorium de la Casa del Pueblo, a las 9 p. m., se llevó a cabo anoche (miércoles 7 de enero de 1948), la extraordinaria concentración popular en homenaje a la memoria del maestro Manuel González Prada, en el primer centenario de su nacimiento.

Como invitada de honor del Partido del Pueblo, concurrió al homenaje la señora Adriana Verneuill vda. de González Prada, llamada por el biógrafo del Apóstol, Luis Alberto Sánchez, *La Animadora*. Cuando la ilustre matrona se presentó en el Auditorium, la multitud se puso de pie y la vivó entusiastamente durante varios minutos. La Animadora ocupó asiento al lado del Jefe del Partido y del Presidente de la Cámara de Diputados, Fernando León de Vivero.

En el momento que Haya de la Torre, acompañado de la ilustre viuda del Maestro, lo mismo que de los miembros del Ejecutivo Nacional y de la C. P. A., se presentaron en el estrado de honor, la multitud prorrumpió en aplausos y vítores durante varios minutos. La Animadora tuvo que permanecer de pie algunos instantes, agradeciendo las expresiones de fervor y de admiración a su preclaro esposo con las siguientes palabras:

Doy las gracias a Dios que me ha permitido vivir hasta hoy y también a ustedes queridos amigos Apristas, por haberme llamado para celebrar juntos el "Centenario de Manuel".

Pocas mujeres, tal vez la única, hayan gozado de igual suerte para su orgullo y satisfacción.

Desgraciadamente me falta la presencia de mi hijo, quedándome sólo el consuelo de recordarlo en este momento, que debió presenciar él también.

Este honor de ver celebrar el "Centenario de Manuel" se lo debo a vuestro Jefe, Víctor Raúl Haya de la Torre, que desde más de 25 años, tuvo el mérito de apreciar las enseñanzas de Manuel, repetirlas al pueblo del Perú, y reconocerlo como su "precursor"; pues Manuel desde hace más de 50 años tuvo el gran valor de encararse ante su país y reprocharle sus vicios, con el único fin de que se corrija...

Gracias en fin les doy, por haber honrado la memoria de Manuel al llamar vuestras Universidades *González Prada*. Este título idealizará para siempre su memoria en el corazón de todo buen peruano, comprendiendo que ocupa el verdadero lugar que merece, al unirlo íntimamente a vuestras fuentes de cultura, única luz para iluminar el cerebro del Hombre.

Entre los escritores de su tiempo, Manuel ha sido el más discutido y combatido; pero también el que ha dejado huella más luminosa para servir de guía a los que viniesen después de él.

Y ha logrado en parte su objeto, al existir hoy el "Partido Aprista" encabezado por Haya de la Torre, repitiéndoles las palabras de Manuel y tratando de seguir sus enseñanzas.

Pero el camino es duro, lleno de desengaños... como lo habéis palpado ya... Tenéis que luchar igual como Manuel, contra enemigos implacables: son los mismos de ayer y usan las mismas armas; ya las conocéis y sabréis vencerlos apoyados en vuestra mejor fuerza: vuestra buena fe...

Creo tener el derecho y hasta ser mi deber, hablarles así en esta memorable fecha para nosotros del "Centenario de Manuel", puesto que me llamáis la "Animadora", es decir, el corazón de mujer amorosa, que acompañó y alentó al gran patriota que fué Manuel González Prada.

CANTO DE AMOR EN LA NOCHE

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor, en México, D. F. 1947)

El Amigo era como una sombra que me odiaba dulcemente,
cada vez más cerca,
y me escuchaba:

—En su cuerpo inocente un ancla vivía sus recuerdos
polares,
Yo la miraba. Sus cabellos parecían una encendida tempestad
de hormigas.
Su cuerpo. Yo la miraba, perdido, absorto en mí y en ella.
Como un mapa de lirios era su piel.
Un nido abierto sufría en su mano derecha y con la otra sostenía
la madeja del alba.
Sus brazos colgaban como ramas nevadas.
Dentro de su cuello había un nudo tibio de mármol.
Era como la enorme flor de la tierra invencible,
mordida de soles,
invadida de vientos,
lámparas agonizantes, líquenes y mares.
Su vientre era un lago con doce nubes dormidas y una estrella
vacía.
Cicatrices con abismos que escuchaban el cielo eran sus ojos
abiertos.
Su cuerpo. Era tan vasta que no tenía nombre.

—¿Oyes los remos?

—Un huracán de anémonas gemía dentro de mí.
¿No me oías cantar en la tarde desierta?
El otoño moría rodeado de pinos.
Separando hielos y lunas yo la buscaba.
¡Oh, yo la buscaba huyendo de las noches áridas,
de las horas con ojos de campos obscurecidos,
de los largos jinetes del humo,
de los besos amarillos que esperan en las calles desiertas,
de las mesas de pino con flores de aceite barato.
Yo la buscaba, cantando, solo,
luminosamente solo, alado y secreto.
¡Oh, huía y cantaba como un río que viaja
con la muerte de una manzana!
Cantaba y lloraba aguas de destino incierto,
mientras el río abrazaba tinieblas en cada astro
rompía la obscuridad que esperaban las hojas.
La torre del reloj
ocultaba las madres tranquilas de la noche,
de la ceniza
y del bronce.

—¿Oyes los remos?

—Lilas, rosas y miedos golpeaban mi corazón.
Sólo nos separaba el cansancio de un gesto
que había huído por los obscuros árboles del crepúsculo.
Yo. Tú. Te daba un amor de coronas eternas y relámpago
sumiso.
Mi pasado era un lento naufragio entre muros grises,
un mito perdido dentro del primer beso que me diste en la frente.
Verte fué olvidar los pájaros de los telares,
sentir las cabelleras dormidas del fuego,
cubrir con nuevas hoces la espalda del suburbio,
poner un grito lacustre en la boca del gas.
En todas las ventanas nacían manos felices.
El recuerdo de una espiga volaba por el silencio suplicante
de la tierra,
ponía un lazo de rocío en las cinturas temblorosas de las noches
sin luna.

Tocarte fué como si...

—¿Oyes...?

...todos los árboles del mundo,
ya sin pájaros y hojas,
invadieran mi alma como un viento formidable.
Los pozos subían lunas a las fieras de los bosques,
la aurora de labios azules proclamaba el eclipse de las
palabras.

—¿Oyes la sangre?

Ignoras mi voz, Amigo.
Déjame recordar todavía perfumes de violeta y de playa nocturna
Déjame rasgar mis últimas velas.
Tú siempre deseas de mí que te confirme

que la vida es una poesía de ángeles oscuros.

Agustí BARTRA.

EL ESTADO Y GONZÁLEZ PRADA

Por *Luis Alberto SANCHEZ.*

(En *La Tribuna* de Lima. Enero 6 de 1948)

Tengo que decirlo sin ambages, en cumplimiento de un estricto deber: el Estado al hacer caso omiso de la gloria de un indiscutible gran peruano, ha optado partido y no en la mejor línea. Por negligencia o lo que se quiera, resulta respaldo de facción —y qué facción, Dios santo— y no de la nación, como corresponde.

Ningún país culto soslaya jamás la efemérides centenaria de un insigne ciudadano. Ante ello, desaparecen las pugnas y los celos. No faltan nunca, y eso está bien para corroborar a la inteligencia frente a la estolidez, no faltan nunca algunas erratas literarias que se desgañitan, con propósitos publicitarios, pretendiendo negar la luz del sol a base de sus opacas pantallitas; pero los hombres de Estado están en la obligación de distinguir entre el sol y la pantallita, entre el cohete y el cañonazo, entre la improvisación y la perseverancia, entre el ingenio y el talento, entre el oportunismo y la buena fe.

El Centenario de González Prada no coge a nadie de improviso. En 1918, a raíz de la muerte del Maestro, se presentó el primer proyecto de monumento y obras completas. El Congreso Constituyente de 1931, aprobó otro proyecto, por unanimidad, si no me equivoco. En 1946, se bosquejó un tercero. Este mismo Gobierno puso el cúmplase, en 1947, a la ley que ordena expropiar la casa en que vivió y trabajó y sufrió Prada, para convertirla en Museo Social bajo la tutela de la Universidad. San Marcos insistió ante el Ministerio respectivo. El Ingeniero Losada y Puga, que era entonces Ministro, y que en 1918 pronunció un discurso de homenaje a González Prada representando a los estudiantes el día del funeral, asintió al pedido de urgencia. Pero, todo quedó en palabras y proyectos, como tantas veces. Y, claro, después, en diciembre todo era tardío para enero, aunque no lo habría sido si se empieza a tiempo y con real propósito de rendir un homenaje impostergable.

Nadie podrá negar los méritos de González Prada. El que no esté enterado, sepa que Miguel de Unamuno, Pedro y Max Henríquez Ureña, Andrés González Blanco, Alfonso Reyes, Rufino Blanco Fombona, Alvaro Melián Lafinur, Isaac Goldberg, Alfred Coester, R. Crawford, Georges Umphrey, Carlos García Prada, Ricardo Rojas, Alfredo Palacios, John A. Mackay, por citar unos cuantos autores extranjeros; y Riva Agüero, los García Calderón, Iberico, Ureta, Valdelomar, Vallejo, Eguren, Bustamante y Ballivián, Hidalgo, Zulen, Rodríguez, Guillén, Mariátegui y Haya de la Torre, por citar unos cuantos nacionales, no han titubeado jamás en reconocer las excelencias de un peruano, por quien —y aquí el testimonio de Federico de Onís— gozamos del derecho de participar en la gesta del modernismo en América. La coincidencia entre el pensamiento de González Prada y el del Aprismo, como, entre algún aspecto de su literatura, y la de Eguren, nada resta sino al contrario a unos y otros. Mucho menos justifica que por tal razón, los facciosos adversarios del Apra desnuden su inferioridad descargando su impotente cainismo contra un hombre que nos honra, y que trabajó por hacernos mejores. Lo lamentable del caso es que el espíritu de facción o capilla, si espíritu es el tal, invada esferas en donde debe reinar la objetividad. Yo no entenderé jamás la división del mundo en "sí" y "no"; nunca me someteré al canibalesco sistema del blanco o negro, forma estólida e infecunda de considerar la vida. Por eso, siendo un ferviente admirador de González Prada, jamás vacilé en escribir todo un libro en homenaje a Ricardo Palma, sin plegarme a la ab-

surda actitud de contraponer inexorablemente a uno y otro.

Muchos hombres responsables del Perú hemos tomado a nuestro cargo el homenaje a González Prada a los cien años de su venturoso natalicio. Igual ocurre en México, con el gran Justo Sierra. No descansaremos en exigir y obtener que se haga justicia a un escritor formidable, a una conciencia ejemplar. Se explica que los que asaltaron las imprentas en donde González Prada colaboraba —¡y sin embargo hablan de libertad de prensa!— esgriman su odio inmortal. Los demás, no. En 1935, el dictador Benavides aceptó que la Junta de Notables bajo su influencia colocara una placa conmemorativa en la casa en que nació González Prada. Entonces pronunció el discurso respectivo el regidor Orellana Agüero. Benavides tenía motivos para oponerse. No lo hizo. Hoy no está ya en el escenario político ni vital el General Benavides, contra quien descargó González Prada los calamorrazos de *Bajo el oprobio* y *La lucha*. No hay excusa posible para la inhibición, cualquiera que sea su causa. La Nación felizmente sabe reparar los lamentables olvidos con que inmerecidamente se mal educa a sus hijos.

UNA VEZ MÁS, GONZÁLEZ PRADA

(En *La Tribuna*. Lima, enero 6 de 1948)

Con Francisco de Paula González Vigil y luego Lino Urquieta, Manuel González Prada forma en el Perú la trilogía de prohombres de conducta rectilínea y cuyos altos méritos, acrecentados en el tiempo, nada ni nadie puede disminuír. Ni de González Vigil, o simplemente Vigil, ni de Lino Urquieta dicen poco ni mucho los dispensadores de glorias. De González Prada nos encargamos los apristas de levantar al más erguido mástil su nombre y sus virtudes. Pero lo cierto es que los tres, cada uno en su época y en su ambiente, marcaron huella para que la siguieran y se inspiraran las generaciones del futuro.

Ahora van a cumplirse 100 años del nacimiento del Maestro González Prada y precisa que sus claros prestigios se voceen a fin de que lo recuerden quienes hacen como que lo olvidaron y se fije en la mente de los jóvenes la lección de aquel que dijo, refiriéndose a la aptitud de ser y parecer: *"¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!"* Porque González Prada tuvo muchas frases-sentencias como esta, en las que trató de condensar su pensamiento y sobre todo su tremendo dolor ante la corrupción y el dolo ambiente, pero quizá ninguna concreciona su íntimo sentir como la que acabo de citar.

Ser joven para González Prada no era, hay que entenderlo, tener la edad de la mocedad física en la cual toda generosidad y todo ensueño es posible. Para el Maestro de dignidades ciudadanas, ser joven era romper con el pasado vergonzante e intentar una nueva norma de conducta, erguida y rectificatoria, capaz de cambiar los rumbos hasta entonces —y hasta ahora— culpablemente equivocados de los gobernantes civilistas.

Gran patriota y gran visionario, González Prada creía en el porvenir del Perú bajo un nuevo signo de vida. Creía por eso en que hombres nuevos, de mentes aireadas, libres de la estrecha mentalidad colonial y de la más estrecha y egoísta mentalidad oligárquico-civilista, iban a realizar la grande y ennoblecedora tarea de hacer del Perú una nación digna, libre y justa, reconquistando su antiguo prestigio y colocándose en el lugar de honor que le corresponde en el Continente. Y por eso clamaba con toda su voz potente y orgullosa, sin que nadie le intimidase ni transigiera con nadie, desenmascarando a todos los fariseos de nuestra política criolla, revelando el mal ahí donde creía encontrarlo y llamando a las cosas por su nombre, sin falsos pudores dentro de un lenguaje cáustico pero ajustado a la verdad.

Por eso González Prada no llegó nunca a Ministro de ningún régimen mediatizado ni mucho menos civilista. No fué ni siquiera diputado o senador. No perteneció a ningún Partido —no alumbraba aún ningún grupo con auténtica doctrina democrática— y cuando él, a insistencia de sus amigos, fundó un grupo político al cual quiso orientar por los cauces de una democracia verdadera, se encontró con que muchos no le comprendieron, otros cuidaron más sus intereses personales y los más lo juzgaron temerario o loco. Porque locura era en esa época pretender gobernar sin la casta oligárquica que durante cien años viene detentando arbitrariamente el poder. De ahí que González Prada poco a poco se vió abandonado por sus amigos con la amargura de haber creído en ellos y de saberlos incapaces de sacrificarse por una idea. Para González Prada fué otra de sus frases geniales: "Los hombres de genio son como las cordilleras nevadas".

Auténtico demócrata en época en que serlo exigía demasiado, el Maestro afirmaba que no podía conocerse bien a un pueblo sin saber la condición social y jurídica de la mujer. Ardiente defensor del indio, él fué el primero en situar su condición dentro de los justos límites de un problema social y no racial, como lo han hecho todos los "protectores" de la raza indígena, del mismo modo que lo hacen los colonizadores extranjeros con los "nativos".

Como Sarmiento vió en la cultura el arma máxima de elevación del nivel moral y social del pueblo. De allí que su nombre sea hoy bandera al tope de las Universidades Populares fundadas por Haya de la Torre y que en su nombre se imparta conocimientos a nuestras clases trabajadoras para que con esta arma se defiendan de la explotación y del oprobio.

Ningún homenaje mejor para el Maestro que el tenerlo como guía de un gran movimiento social y político que está realizando la transformación de nuestra Patria. Este es su monumento, más valioso que el mármol y la piedra porque es monumento erigido en el corazón de las nuevas generaciones de trabajadores manuales e intelectuales del Perú.

Magda PORTAL.

APUESTA MORROCOTUDA

(En *La Prensa*, San José de Costa Rica, Mayo 20 de 1927)

Pedro de los Dolores Jirón, único apellido, cincuenta y dos años, casado, jornalero y vecino de Mata Redonda, enjuto, desdentado, pobrísimo, siempre tosiendo con una maldita tos de perro que le raspaba hasta los tubos capilares de los bronquios, ese es el héroe de mi historieta.

Con mujer y dos chiquillos tan entecos y macilentos como él: aquélla, eternamente pegada a la piedra, a la batea y al fogón, siempre atacada por dolores de cabeza y atarraceada por flemones originados por raigones y caries; los chicos amarillos, panzudos, invadidos por amebas, anquilostomas y malaria.

Los cuatro viviendo esa miserabilísima vida de los pobres de nuestros campos, dura, sin esparcimientos, sin desahogos; lucha sempiterna con el hambre, la desnudez, las enfermedades, las inclemencias; pegados al escuálido salario de jornalero y a las escasas generosidades del patrón, traducidas en plátanos, chayotes y quelites, en un desbecho de pantalón, cobija o saco, y en los cuatro palos de leña de cerca recogidos acá y allá en el cafetal para asar la insípida tortilla, cocer el puñado de frijoles negros y hervir las verduras y el agua para filtrar el café de tercerilla.

"Y mañana como hoy y siempre igual". Y sin más esperanza que la de ser dignos de alcanzar en la otra vida las felicidades y goces prometidos en las Bienaventuranzas. Y como había que agarrarse de la mano del ahogado fuerte, de San Pedro estaban prendidos con sincero fervor, con desesperación, con uñas y dientes. Una estatuilla de yeso, del humildísimo Pescador, Discípulo y Celestial Portero, aderezada con florecillas de papel, era todo el ornamento de la sala dormitorio, comedor, cocina que constituía la pobrísima pieza de ñor Jirón en la finca cafetalera a la que alquilaba sus escuálidas fuerzas, de enero a enero.

Estaban en pleno verano en las múltiples y presurosas faenas del beneficio; ochocientos sacos ya iban de camino para Londres; otros tantos estaban en vía de preparación para Hamburgo, sin contar con cerca de doscientos de "tercerillas" que irían a Nueva York. El patrón con su familia ocupaba la cómoda y espaciosa casa de altos al lado del gran patio de asolear café y no muy distante del galerón de la maquinaria.

Jirón, con camiseta de manta, calzón de mezclilla, sombrero de palma, descalzo, era el brazo derecho del mandador; en el clasificador estaba ocupado recogiendo y apartando sacos llenos, arrimando vacíos y abriendo compuertas, aceitando chumaceras, barriendo derrames. Eran sus horas de seis de la tarde a seis de la mañana, y después de echar unos cuatro parpadeos en la durísima "cuja", se "cachaba" un colón extra por medio día, allá en el "correteo", meneando los granos despulpados entre los canales rebosantes de agua espumosa.

La cosa así "no iba tan a pior", decía Jirón, porque dos colones por noche, y un colón por medio día, venían a juntar tres, que al cabo de la semana eran dieciocho y "decomisando" y con lo que la mujer se agenciaba con la batea para los patrones y "un cuatro" diario de cada chiquillo en "rejunta" y en "repela", y en esto y en aquello, daban un total de treinta colones: ¡tamaño montón de reales!

¡Si así fuera todo el año! "Achará" que no dure esta bonanza más que tres meses! Los otros nueve son de "vacas flacas", de lluvias, privaciones, pobrezas, miserias y enfermedades.

¡Mi patrón San Pedro me tiene que valer; "pa" eso le pago yo la misa de año y

la vela se le hace con rezador pagao y con tres pesos de pólvora!

Y la mujer no dejaba de encender el cabillo de candela al lado de la estatuilla de yeso y los más flamantes clavelones y amapolas embellecían la tablilla del altarcito y le decía:

—Mirá, San Pedrito, quitámele a tu tocayo esa tos que le asiste; acordate de tu tocayo; ve que no tiene "mal guaro", ni es "peliador", y que a conducta es "nonis" y te ofrezco mandarte "retocar" y "mercarte" floreros de "china" pal 29.

. . . .

Era más de media noche: Jirón repasaba los sacos pegados a las tolvas del clasificador; apartó uno ya colmado y al arrastrarlo sobre el piso cubierto de polvillo blancuzco, observó que barría con una esquina un papel de diez colones. Lo recogió, lo miró a la luz del foco eléctrico, lo dobló con cuidado y se lo guardó en el seno, allí pegado a la sudada piel de la barriga.

—No, mío, "nues"; ¿pero de quién tomará ser? Tal vez del patrón que antier vino a sacar muestras y junto al caracolillo sacó la cartera para enseñarle unos papeles al mandador. Dichosotes los ricos que pueden perder así los "riales" y no "echalos" de ver.

Y lanzando un suspiro continuó su faena monótona y siguió tosiendo y aspirando polvo de cascarilla.

Apenas entregó al relevo, fuese derechito a la "cuja" y cayó en ella como una piedra; fatigado, derrengado, exhausto, después de tragarse su café que la compañera le tenía listo desde antes de despuntar el día.

A las diez despertó adolorido; sin haber satisfecho el organismo que le pedía más sueño, más reposo, más alimento. Tenía que ir a la villa vecina a una "diligencia" del mandador: a mercar una limeta de "lamedor" de "raspaguacal" para la tos y a hacer los arreglos para la misa del 29 en honor de su patrón San Pedro. Y todo corriendito, como quien se quita una avispa del trasero, porque a las dos tenía que estar en el correteo.

—¡Mirá, patroncito, mi tocayo, fijate que no se me olvida tu misita; no me desamparés!

Y haciendo la señal de la cruz se largó troterito para el mandado.

Todo resultó bien hecho, y pronto; ya venía saliendo de la casa cural cuando se le atravesó un chiquillo vendedor de lotería.

—¡El gordoooo! ¡Cincuenta mil colones! ¡El último billeeetee!

A Jirón le dió un vuelco el corazón al oír la fabulosa suma. "Cincuenta mil colones", y todo con "sólo diez coloncillos", y con un poquito de suerte y... ¡ah!, si San Pedro me la empujara... si él "ques" tan milagrosísimo y tan amigo de Nuestro Señor...; qué "carachas", voy a arriesgar y que mi tocayo me valga!

Pero no alcanzaba la poquilla plata que le había quedado después de las diligencias y por más que registró hubo de conformarse con sólo la intención.

El chiquillo, que adivinó que el "peje había picao", insistió en sus gritos y exageraciones: ¡Cincuenta mil, cincuenta mil! ¡Por diez colones! ¡El número que "prencipia" con un dos y acaba con un nueve, números suerteros! ¡Cincuenta mil colones!

Dos y nueve, pensó Jirón, lo mesmo que el día de San Pedro, el día de mi Santo. Hombré esto sí ques "cábula".

Y volvió a rebuscarse; de pronto sintió cosquilleo en la cintura producido por el roce del billete encontrado la noche anterior.

—No, "ora" sí que lo merco, "manque" tenga que pedir limosna "pa pagalo". Ya esto es seña de que está de la mano de Dios que me arriesgue.

Y sacando el papelillo se lo entregó al chacalín a cambio del número 2009.

La conciencia principió a roerlo.

—NO, "nues robao"; esa plata fué "jayada"; San Pedro me la reparó anoche, naide la ha reclamao, y si alguien la reclama, pos se la pago de mi jornal u de la plata del premio, porque nuay duda que este número va a sacar buenos riales. ¡Carachas, el que no se arriesga no pasa la mar!

Y con el número entre los pliegues de la camisa, se lanzó por cafetales y potreros, carreteras y atajos para llegar a tiempo al correteo.

A la hora de la cena contó a la mujer el percance; ésta no le aprobó el uso de los diez colones encontrados en el clasificador.

—Debiste entregárselos al mandador gu al patrón.

—¡Pero diónde sé yo si el mandador se los chorrea y no da cuenta; y tampoco sé si son del patrón; la prueba es que ninguno ha reclamao!

—Cuidao no vayan a apercibirse y tenés que verte en puertas de la "fusticia" y echao de la hacienda y te desgracien pa siempre.

—¡Dios libré! Ora mesmo voy a llevaJe la plata al patrón.

Así quedó resuelto y finalizada la frugalísima cena, Jirón buscó en la cajita de lata donde atesoraba sus haberes; había veintinueve colones y unos céntimos, pero no había un billete de diez colones como el encontrado y la devolución en otra especie que la perdida, hubiera parecido sospechosa.

—Mañana ques domingo, tempranitico vuelvo a la villa y consigo un papel de a diez y se lo entrego al patrón en cuanto asome a su oficina, masque me quede sin dormir.

El billete de la lotería, envuelto en un papelito azul del frasco de lamedor, fué puesto bajo la peana de la estatuilla de San Pedro; ambos cónyuges se arrodillaron frente al santo patrón y fervorosamente le pidieron: ella que sacara a su tocayo del enredo; él, que hiciera el milagro "mas que juera un premio de los más menos, un alguito, una migajita, una borona de ayuda pa salir de tanto apuro y de tanta miseria y de tanto tuerce".

Y ella, a planchar la ropa blanca de la familia del patrón; y él al clasificador a quemarse los ojos de sueño y a atascarse los bronquios de polvillo.

A eso de las dos de la mañana, una de las bombillas eléctricas comenzó a parpadear; Pedro arrimó un taburete y subido en él, trató de componer el daño; al agarrar el cordón conductor, recibió un fuerte choque y cayó sin sentido.

. . . .

El Espíritu Malo que lo aguijoneaba con un chuzo de punta candente, entregó a Pedro en la negrísima cueva surcada por relámpagos, a donde el Patas iba destinando las almas a sus respectivos tormentos. Sonó un trueno.

—¿Por qué viene condenado?

—Por robo de diez colones.

—¿Cuánto es eso?

—¡Sepa Judas! Allá el cambio está altísimo y varía diariamente.

—Es que si no llega a tres dólares, no tengo jurisdicción. Lleváselo al calvillo de las llaves, allá arriba, y decile que no jorobe.

Otro trueno y cuatro retumbos.

Y Pedro tuvo que "ajilar" para arriba, ¡qué vergüenza!, a presentarse a su Santo Patrón, sin haber devuelto todavía los diez colones!

—Aquí traigo este tonto, lo mató un circuito corto y lo cogió "chingo" en diez colones que se cachó del suelo del beneficio donde trabaja y los gastó en lotería.

—"Dejalo ahí afuerita", dijo una voz por el postigo de la puerta celestial; mañana veremos a cómo está el cambio, ahora no es hora para aritméticas, y se cerró el postigo.

De modo que el alma del pobre Jirón hubo de acomodarse como mejor pudo en cirrus, nimbus, cúmulus y estratus para esperar la hora oficial de la apertura de las puertas celestiales.

—¡Maldita la hora en que juí a mercar el número! Ora sí que estoy hasta el gollete y me van a pegar mi buena chaparriada.

Pasadas unas tres horas fué despertado por el chirrido de las grandes alcayatas del portón principal por donde brotó un chorro de luz rosada y brillante y una bocanada de perfumes y armonías.

San Pedro, en todo el esplendor de su túnica rutilante, de sus llaves de oro y de su halo de tres anchos flecos de plata, llamó a Jirón. Este, con la cara tapada, avergonzado y contrito, siguió a su excelso patrón a la oficina, en donde varios ángeles manoseaban los libros grandotes en los que estaba apuntada la vida y milagros de todos los mortales.

—¿Cómo te llamás?, dijo San Pedro.

—Pedro de los Dolores Jirón, pa servir a Nuestro Señor y a Usted, contestó el alma atribulada.

—¿De dónde venís?

—Del beneficio del Bajo de Torres en Mata Redonda.

San Pedro, a la primera respuesta mostró interés; a la segunda ya no pudo contener su emoción y con marcado disgusto dijo:

—Hombré, Jirón, ¿no te da vergüenza verte acusado por robo? ¿Vos, un hombre de trabajo con mujer e hijos, en un país de abundancia como es Costa Rica, en donde el que quiere trabajar gana para pasar la vida sabrosa; donde no hay grandes calores ni grandes fríos; donde los plátanos, los chayotes, las guayabas, los mangos y los jocotes están dundos; donde la primavera es perpetua, las lluvias abundantes, la tierra fértil; en donde no hay más calamidades que uno que otro temblor y elecciones cada dos años? ¿Y vos, llevando mi nombre y siendo devoto mío, y pagándome misas y rosarios con pólvora...? Si a vos no, lo que es a mí se me cae la cara de pura vergüenza.

¿Para qué diantres fuiste a gastar lo que no era tuyo y venirme a meter en enredos poniendo el numerillo bajo mi amparo? ¿Estás mudo? ¿Qué tenés que decir?

El pobre Jirón, más rojo que una amapola y todo tembloroso, contestó tartamudeando y un tanto indignado:

—Vea, Santo Patrón, no se caliente conmigo, la cosa nues pa que me trapee todito delante de estos señores. Yo no me he robao nada; junté el papel del suelo, no traiba nombre de dueño; y manque lo trujera yo no sé ler, ni escrebir; me lo metí al seno pa devolvelo y se miolvidó cuando me juí a echar más cansao que un burro; cuando juí a la "viya" al arreglo de la misa pa Usté, mi patrón y mi tocayo, me ataranté con la ilusión de sacarme unos riales en la lotería, contimás cuando me dijo el chacalín que tenía pintao

el día en que a Usté lo celebramos allá bajo, y arriesgué la paradita confiao en que Usté miayudaría mas que juera poquiyo y como llevaba plata implié el papelillo ese de la jurisca. Anoche ya me había echao la plata a la bolsa pa cambiala por otro papel de a diez y entregáselo al patrón hoy domingo, cuando jué y me sucedió la cosa de la lámpara eléctrica. Si no juera que allá quedaron los calzones le enseñaba la plata, que por cierto está en un papel de a cinco, tres de un colón y dos en plata blanca.

—Pero tu intención primera fué quedarte con el hallazgo; fué tu buenísima mujer la que te hizo cambiar de idea; pecaste, Jirón, pecaste sin necesidad.

—¿Sin necesidá? Pos, ¿a qué es lo que Usté llama necesidá? Más pobre que las ratas, viviendo con mi mujer y mis hijitos en costante miseria; sin segundo calzón que poneme ni pa coger misa; tosiendo día y noche que ya el ombligo lo tengo como un jaboncillo; la mujer, "yena" de calamidades; los chiquillos "yenos" de lombrices y diario dándoles paperas, corridas, tosferina, sarampión y escarlatina; mal comidos y mal cobijaos; trabajando de sol a sol cuando nues tuitica la noche pa ganar dos miserables coloncillos que no alcanzan ni pal maiz y los frijoles, y pagando dautores y medecinas y sin saber pa onde coger con tantas tribulaciones; aguantando viarazas del patrón, trapiadas del mandador y malos modos del político y del "fues de pas" y de cuanto mandinga manija las cosas del Gobierno.

San Pedro disimuladamente volvió la augusta faz hacia los archivos para que Jirón no notase su tristeza. Este prosiguió:

—Y mire, tocayito, eso de que Costa Rica sea pais de abundancia y esas otras alabanzas que Usté le echó se lo agradezco porque a "tico" no me gana naide; pero son pura música celestial. ¡Dióndel La cosa es muy diferente, allá es verdad que hay muchos que la gozan en grande; pero más, muchos más que se la pasan en las delgaditas. Hay mucha pobreza, mucha miseria, mucha enfermedad, mucho desamparo. Pa unos pocos el café a cien colones; pa sus piones, sudores y congojas y maltratos y pieciyas sucias de piso de tierra y plátanos verdes y camiseta de manta y en todo el año no vienen a juntar ni con qué mercar una mortaja. Pa otros, bananos a veinte riales el racimo y pa sus "fornaleros", aguacero tieso, barro hasta la horqueta, fiebres, y tercianas; y cuando salen de la "línia" es a tragar quinina y guaro con guarco y a gastar los cuatro coloncillos que han apartao, en boticas y curanderos.

En tanto que Jirón hablaba, iba paulatinamente eliminándose la estancia con luz como de mil soles y el aire iba llenándose de plácida armonía. San Pedro, vuelto de espaldas, se enjugaba furtivamente las lágrimas.

—Y si ni juera porque uno es cristiano y tiene temor de Dios y porque se prende de los Santos y de la Inmaculada, ¡quién sabe si no pararía en saltiador de caminos! Usté lo sabe, patrón; yo en mi miseria aparto cada año la plata pa su misa y pa su rosario, mas que ande con remiendos en la camisa y con los calzones desteñíos y le rezo con fervor y ¿qué le pido?, amparo, sólo amparo; juerzas pa seguir trabajando; ánimos pa no caer en tentaciones, salú pa mi mujer y pa mis muchachitos; y la mujer, ¿qué le pide?, lo mesmo: ayuda, resinación, alientos pa no caer redondita encima de los tinamastes u de la batea. Y ora que una corazonada me dió el repente de mercar el número, viene usté y me trapea y me avasaya y ni me alza a ver! Ora que estoy acusao, ¡mi abogao se me niega y miabandona! ¿Es esto "fusto"? Pa mí que mejor niubiera...

No pudo terminar la frase; una mano llagada estrechó la suya y vió a Jesús rodeado de infinita majestad y dulzura, que le dijo:

—Jirón, no temás nada, anda a devolver la plata a tu patrón; tu hora aun no ha llegado; cuando vuelvas, mis brazos estarán abiertos para recibirte. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Y San Pedro, besando las manos del Maestro, y acariciando la cabeza de su protegido, díjole entre puchero y puchero:

—¡Tocayo, quedamos buenos amigos, andá gozala, pero portate bien y nada de descándalos!

. . . .

Cuando Jirón volvió a sus sentidos con tamaño chichón en la "jupa", todo vendado, oloroso a Agua Florida y "amoniaco", con parches porosos en pecho y espalda, sinapismos en barriga y pantorillas y con la cabeza arrollada en trapos con hielo, rodeado de su llorosa compañera y de los chiquillos y de peonas, vió delante de sí al finquero quien se interesaba por el infeliz jornalero. Este tartamudeó con la boca torcida por la contracción nerviosa:

—Conceición, sacá de mis calzones la plata y dásela al patrón y esplicale; ¡date ligero!

La infeliz mujer obedeció y llevando a un rincón del cuartucho a su amo y señor, le dió cuenta del incidente y le mostró el billete, causa de tantas tribulaciones.

El patrón sacó de su bolsillo la lista de la lotería sorteada ese domingo, comparó el número 2009 y lo encontró premiado con ¡diez mil colones! ¡Te la sacaste, Jirón!

El enfermo tornó los ojos grandotes hacia la estatuilla de yeso rodeada de cabos de candela y con placer incomparable, enderezándose en la desvencijada cuja, exclamó:

—¡Chocala Toca! ¡Apuesto los riales que en todo el cielo no hay Santo más milagroso que Vos!

COSTA RICA AYER Y HOY

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

(En *El Nacional*. México, D. F., Marzo 11 de 1948).

Parece que en Costa Rica las cabezas ciudadanas han hecho de laureles almohadas.

Los despachos periodísticos de los últimos meses han dado cuenta, a grandes rasgos, de la delicada situación que prevalece en la Patria que fué, por mucho tiempo, ejemplo de pureza institucional y breve aunque profundo remanso de cultura, al extremo de que decir Costa Rica equivalía a indicar un maestro, una escuela y un libro. La literatura política de América ha dicho lindezas de la pequeña nación que tiene más profesores que militares, más planteles que cárceles, y cuyos presidentes platican con el hombre de la calle parados en una esquina, mientras esperan el coche.

Costa Rica fué, hasta hace pocos años, un rincón americano que cultivaba su democracia y vivía al amparo de viejos patriarcas que venían de Rousseau, de Bentham y de los grandes pensadores europeos y americanos del pasado siglo. Buenos zorros liberales, sanos hasta para enfermar, que discutían en el ágora los problemas del día y organizaban la transmisión de poderes con la veneración de un rito secular.

Este clima social, idealista y positivo, parecía reflejar el otro clima de las montañas, templado y eternamente azul, en cuyo seno se reclinaban las aldeas y bostezaba la escuelita rural.

Y así, en paz con Dios y con el barómetro, recibiendo la independencia como recibe una señora su ramo de orquídeas, sin hacer nada más que esperar el día del onomástico, Costa Rica construyó su tradición y levantó los cimientos de su limpio teatro de costumbres.

Mas pasaron los años, murieron los maestros, vino el gran fracaso de la vida en manteles, y concluída la breve angustia de una sola dictadura, esta profesora de energías cívicas contrajo enfermedades al parecer incurables. Esas enfermedades de los pueblos demasiado jóvenes, viruelas en la honestidad, irritaciones en la lengua, tosecitas en la malicia, etc., que producen la calentura de la ira y el zarpazo de la codicia.

Hace mucho, allá por 1900, el boliviano A. Arguedas escribió un libro que se llamaba *Pueblo enfermo*. Libro que mereció de Unamuno aquel precioso artículo acerda de la *Envidia Hispánica* en donde analizaba los males físicos más considerables de la sociedad: lujo y envidia.

Lujo y envidia, es decir, ostentación y vanagloria, rastacuerismo y babosidad cainita. Esta maldad apareció en Costa Rica con tan refinados sistemas de experimentación, que pronto la cosa pública se convirtió en negocio de mercado.

En la actualidad, tiene lugar en aquel país una lucha social de primer orden. Los trabajadores, los campesinos, los que hacen la vida, el pueblo, en fin, ese pueblo de Costa Rica que tiene candores de cien años, atareado con su carreta de preciosos bordados, juega ahora su carta decisiva, enfrentándose a unas cuantas familias que quieren seguir medrando, sin perder posiciones ni privilegios.

Todos los barruntos hacen suponer que en Costa Rica se gesta una guerra civil. ¿Habrá, por fin, una guerra civil en Costa Rica?

¿Y qué es una guerra civil, sino la más dolorosa de las guerras, el fratricidio organizado, la madre contra la madre?

"Si pequeña es la patria, uno grande la sueña", decía Rubén Darío. No es que desee la sangría de mi patria chica. No. Lo que pasa es que un país como Costa Rica, donde los grandes problemas económicos y sociales se han discutido alrededor de una taza de café, la contienda franca, abierta, material, adquiere lógica y se hace inaplazable, desgraciadamente. Siempre he pensado —y es un pensamiento sombrío, pero veraz— que los pueblos que no han tenido revolución tampoco han recibido el bautizo de la sangre. Este bautizo, tan doloroso como un hermano muerto, da a los pueblos el derecho de pertenecer a la religión del hombre, los hace hijos del hombre, como el otro bautizo hace hijos de Cristo.

Y esto falta en Costa Rica. Quizá sea esta experiencia la que falte a ese país para estar en paz con su conciencia y comprobar lo dilatado de su destino.

"Magón", o la sorpresa de las palabras

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

(En *El Nacional* de México. Envío del autor, en México. D. F.)

Llega, después de años de olvido, un recuerdo de mocedad: el libro de cuentos de Manuel González Zeledón (1864-1936), que popularizó el seudónimo "Magón" y entregó al folklore de América el secreto del "tico" de mediados de siglo pasado o mejor del "concho", ese campesino con zapatos de carne y eterno valor de espíritu.

Entre los cuatro o cinco escritores esenciales a Costa Rica (hay más, pero ya no lo son tanto) quizá sea "Magón", por las cualidades y rigores de su obra —despreocupada y en mangas de camisa como los anfitriones por sorpresa— aquél que se lleve las mejores palmas de la bendición popular, por ser más regional, con todos los defectos y virtudes que supone el nativismo llevado a extremo. "Allá donde va Magón va el alma de Costa Rica", dice el señor José M. Arce, albacea literario del escritor y fino y elegante crítico de su obra. Tiene razón. Fuera de Aquileo J. Echeverría, el poeta que sincronizó los latidos más entrañables del pueblo en una ejecución llena de maravillosas dicharacherías, no hay, en aquella tierra de mi infancia, escritor más costarricense, más familiar, más natío, que Manuel González Zeledón.

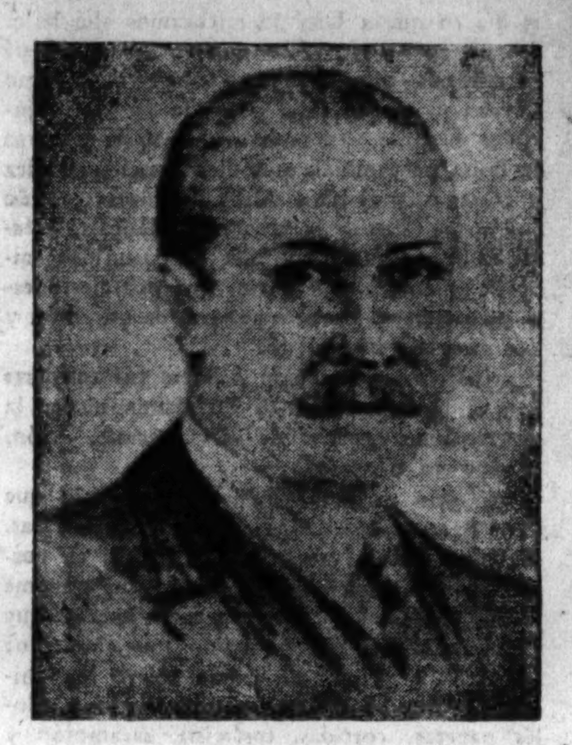
Al lo mago grande, o *magón*, este hombre rescata los tesoros de la existencia colectiva y se lleva al oído mercados y hogares, velorios y jardines, plazas y lugarejos de beber, todo para escuchar los carnavales y las cuaresmas en que el idioma se desenvuelve. Ello sucede en una geografía que sin tener opulencias arquitectónicas, ni grandes complicaciones históricas, ni nada que no sea una aldea eternamente bañada y puesta a secar al sol, como piedra de río, cultiva dentro de sí, con amoroso gusto, el caudal de sus emociones particulares y un viejo y perspicaz sentido del humor, heredado quizá del andaluz y de la bonachonería del gallego.

Todo lo escuchó y lo observó "Magón", verdadero cazador del costumbrismo idiomático, en tal forma que a su muerte ya se había ganado el cotidiano nacimiento del nombre, y sobre todo, la simpatía de sus conterráneos, que supieron catar desde los primeros momentos aquella especie de milagro vernáculo que les venía a decir cosas vistas y sentidas, cosas por ellos respiradas y como enojosas de tan cercanas, pero cosas, cosiacas y cosillas que al perpetuarse en la escritura adquirían sentido nuevo, iniciaban el campo de las revelaciones y se tornaban, una vez hechas, en lozanos huertecillos que, antes eriales, suscitaban al ser leídos la envidia de muchos que habían mirado con desconfianza el "ciento por uno" de aquellos terrenos en agraz.

Leyendo este libro en donde para mí, las palabras del genio local adquieren más importancia que los argumentos, y las voces más prestancia que las figuras, caigo en la cuenta de que el folklore es un laboratorio filológico y no dramático. El folklore, al buscar los tonos diferenciales de una nacionalidad, tiene que apoyarse forzosamente en el habla común, tan ligera de academia como de ropas, y al apoyarse en ella, muestra lo inmarcesible de la corrupción. Se trata de un pecado virtuoso. También los regionalismos idiomáticos saturan los regionalismos del pensar, y así, al preguntarnos cómo reacciona el alma de un pueblo, debemos ir, entre otras fuentes, al palique, a su conversación extra-libro, porque en estas formas de comunicación corre a borbotones la malicia y se oculta la idiosincrasia.

¡Lástima que tales descubrimientos nos revelen adulteración constante, irreverencia, libertinaje, poco respeto a la propiedad de nuestra lengua multimillonaria! Estos vicios se presentan con más fuerza en aquellos países que no tienen dialectos indígenas, y es algo notable como fenómeno. Sabido es que Costa Rica, lo mismo que Buenos Aires, no usa el *tú*, sino el *vos*. Allí se zarandea el lenguaje que es un gusto. Un *os ruego no entréis* se oye como algo extraño, ajeno al común decir. A los oídos del pueblo, esa frase es extranjera, no llega a lo hondo y por tanto se queda en el aire de la simple dicción.

El nativismo, el floklorismo, las artes populares de nuestros pueblos son tanto más estimables en cuanto mejor expresen los defectos de expresión y sus peculiares euforias. Cada libro así concebido es un documento inapreciable para la construcción del gran diccionario de americanismos que esperamos vendrá algún día a decirnos las fluctuaciones de la lengua y los misterios en ellas encerrados.



Manuel González Zeledón
(*Magón*)
Dibujo de W. W. Roe.

Volviendo a "Magón": en él es tan saludable la prosa, que su lectura produce en mi ánimo no sólo una evocación, sino una inmersión, y grande, en el clima de mi enterrada pureza.

Las palabras que hace años y años no escucho en boca viviente ni impresa, están aquí, conmigo. Las saboreo como una golosina y las encuentro tan ricas, tan hermosas, que con sólo pasear los ojos ya recojo diamantes.

Y paro aquí, no vaya a ponerme más sentimental de la cuenta, no sin antes recordar lo que decía, a propósito de estas impresiones, el benemérito y joven portugués Fidelino de Figuereido: "Sólo las largas ausencias de la patria nos hacen sentir lo que el idioma significa para nuestra definición moral; al oír, al regreso, la propia lengua, hablada con su peculiar espíritu y las sutilezas de sus inflexiones melódicas, tenemos la sensación del músico, por largo tiempo desterrado de su instrumento familiar, al pianista que vuelve al piano, al violinista que vuelve al violín".



Séneca
Por *Velázquez*.

EXPERIENCIA SENEQUISTA

(En *Etica*. Buenos Aires, 26 marzo de 1948)

¿Es posible acercarse al tirano, rodearlo de consejas, poner en su instintiva crueldad una dosis de racional ternura, convocarle todos los días posibles y para sus oídos las voces del derecho, de la tolerancia, de los nobles beneficios? Lucio Anneo Séneca no se acercó al tirano. En verdad, pusieron en sus manos al niño que habría de gobernar, de hacer justicia, de comandar el estado. Para ello, trajeron al cordobés del destierro que transcurría, entre meditaciones de madura soledad en isla inhóspita, Córcega. Séneca en Roma es el maestro, el mentor del niño Domicio, hijo de Agripina, destinado a suceder al débil Claudio. ¿Cómo lo sucederá? Es cosa de Lucio Anneo Séneca el preparar, con su sabiduría de varón sabio, al sucesor. ¡Vaya maestro profundo! El niño —había escrito el maestro en uno de sus tratados— no deberá sufrir, jamás, ni humillación, ni servidumbre. ¿Educación para la libertad? Educación senequista del gobernante sabio, del buen tirano.

Al maestro y al niño, al maestro y al mozo se les vió dialogar en las tardes romanas. El cordobés hacía ofrecimiento de razones. Si al maestro le atemorizaba esa naturaleza impetuosa, soñadora de mandos, fábrica de futuras crueldades, que desde entonces se muestra en el niño y apunta en el mozo, no realizará Séneca otro propósito que apurar consejos y enseñanzas. Huír de la adulación. Dominar el orgullo.

En verdad, el maestro cordobés está solo, terriblemente solo, en los días romanos de Agripina y de ese aprendiz de tirano más que apren-

(*Concluye en la pág. 354*)



Mario Briceño-Iragorry

FUNCIÓN SOCIAL DE LA PALABRA

(En el *Rep. Amer*. Atención del autor, en Caracas).

(Discurso en el acto de recibir el Premio Nacional de Literatura 1946-1947).

Permitidme, Señores, que en este momento de personal e intensa complacencia para mi vida modesta de ejercitante de las letras, evoque palabras transidas de amargura del más grande de nuestros escritores de todos los tiempos: "Tiéneme usted aquí tendido horizontalmente sobre una cama, sin medios de asistirme, sufriendo junto con un dolor agudo las estrecheces de la pobreza y la desesperación de la miseria", escribía Juan Vicente González el 6 de setiembre de 1866 a su amigo el general Jesús María Aristeiguieta. En lucha atroz con la gangrena y la indigencia, el eximio escritor cuya palabra había sido heraldo de las más ardientes pasiones de la Patria y sibila que anunciaba los secretos de la cultura a la juventud del país, veía cómo rondaba cerca de su lecho de dolor la muerte liberadora. Por premio a sus esfuerzos de tantos años al servicio de las letras patrias, ora en la cátedra, ora en el libro, ora en el periódico, sin que hubieran sido óbice para detener su pasión de trabajar, las propias ergástulas a donde lo arrojó la dictadura, sólo miraba alrededor de sí, en la hora del tránsito definitivo, la soledad y el desamparo.

Símbolo angustioso de la indiferencia con que la República ha considerado por tantos años la obra de sus hombres de pensamiento, el cuadro de Juan Vicente González que agoniza, no sólo con las congojas de la muerte, sino además con las amarguras de la privación económica, nos habla de un pasado donde en gran parte quedó inválida, por falta de estímulo oportuno, la obra de los máximos creadores de las letras. Hacia esas grandes figuras de nuestro mundo intelectual, que sufrieron el desdén de su tiempo y la hostilidad de quienes pudieron ser Mecenas para el impulso de empresas llamadas a decorar el panteón de nuestra gloria más legítima, quiero alzar mi pensamiento respetuoso en la hora de recibir el galardón que me confiere la República por precio de una obra que nada vale al ponerla en paralelo con la de aquellos que fueron víctimas de la sordidez y la desidia. Como hijo agradecido que disfruta de hacienda que, siendo suya, no gozaron los mayores, miro en esta hora de mi lauro al infortunio que asignó la existencia de los patriarcas de nuestras letras: a Cecilio Acosta, triste y perseguido por la miseria y por la envidia; a Pérez Bonalde, proscrito por los odios y recibido sin afecto por la Patria que fué numen de su estro prodigioso: a Baralt, obligado por fuerza de sus émulos a acogerse al regazo de la antigua metrópoli colonial; a Leopoldo Torres Abandero, inflexible en la hora de la muerte ante el halago de una libertad ofrecida a trueque del viril decoro; a Jesús Semprun, forzado a medrar con el ejercicio de una profesión que por jamás fué de su interés el cultivarla; a Bello mismo, que inútilmente invocaba la posible mendicidad de la familia como título para que Colombia reconociera el valor de sus servicios. Hacia ellos y hacia tantos otros a quienes "carencia de estímulos vivificadores, fraude o mala fe, tanto en el elogio como en la censura", dejaron en actitud de "inacabados", según oportuna atribución del fraterno Luis Correa, convierto en este instante los ojos del espíritu, para contrastar la diferencia de los tiempos y para hacerles parte del homenaje que este acto representa; pues bien entiendo que al escogérseme para recibir el lauro que el Gobierno Nacional ha establecido en honra de los escritores del país, no se está estimulando y exaltando una labor individual, sino el esfuerzo común de quienes dedicamos nuestro mejor tiempo a las disciplinas literarias y, aun más, se está honrando el propio concepto del escritor en su ductora función intemporal.

Al mostrarse preocupada la República por el progreso de las letras, declara que tiene urgencia por que cada día sea mayor la calidad del esfuerzo a ellas consagrado por quienes hemos hecho profesión del arte de escribir, y reconoce, a la vez, la eficacia de su poder en la formación de la conciencia pública. Porque, Señores, los pueblos no son las máquinas que hacen próspera la industria; ni los campos donde germina la semilla promisoria de cosechas opulentas; ni los canales y caminos que hacen posible el útil tránsito; ni las riquezas que duermen en los sótanos avaros de los bancos; los pueblos son los hombres en función de solidaridad y de cultura, cuando a la luz de pensamientos generosos saben dominar las asperezas instintivas, a cuyo impulso prosperan las pasiones y se abren avenidas que permiten a "la ignorancia y a la desesperación señalar los trazos de los nuevos cuadros humanos". Y esos hombres capaces de quebrantar por medio de la obra educativa los complejos disvaliosos que se mueven en el fondo irracional de la sociedad, necesitan la palabra oportuna y el guión certero del grupo de individuos que asuman la tarea de dar forma a las adivinaciones de su tiempo.

El grito del bárbaro cacique que a su arbitrio manejó la tribu y en quien se concretaban las fuerzas mágicas de la autoridad, ha de ser sustituído plenamente, para la eficacia de la obra común, por la voz reflexiva del hombre que superó, en virtud del estudio y del gobierno de sí mismo, los estadios de la ruda emocionalidad. La arquitectura de los pueblos reclama, por eso, como clave de sus arcos la expresión de pensamientos depurados y justos y la inmediata movilidad de tales pensamientos a través de la dinámica del grupo, a fin de que la gente media, cada vez más numerosa, adquiera condición de soporte de las grandes individualidades. Crear y trasmitir valores de cultura es la misión que corresponde al escritor en orden al mejoramiento de las ma-

El Premio Nacional de Literatura

(En *El Heraldo*. Caracas, 13 de enero de 1948).

El Jurado Oficial que estudió la producción literaria del país a los fines de otorgar el Premio Nacional de Literatura a la mejor obra publicada el año pasado, concluyó ayer sus tareas favoreciendo con su veredicto a la obra *El Regente Heredia o la Piedad Heroica* que en los últimos días del año diera a la publicidad el notable polígrafo nacional doctor Mario Briceño Iragorry, uno de los más cultivados espíritus del país, escritor de largo aliento, historiador de rica información y singular don de análisis interpretativo.

Esta noticia llena de júbilo a los círculos literarios de la Nación, y a los numerosos grupos que cierran vínculo de simpatía en torno a la figura humana y a la elevación intelectual de Mario Briceño. Trabajador incansable, su obra es fruto de los sanos y pertinaces desvelos que decantan la obra perdurable; espíritu liberal, la pasión fundamental que cruza sus escritos es la del bien, la libertad y la belleza, valores supremos que orientan la conducta humana; estilista depurado, la palabra ha llegado en él a tener su pleno poder de expresión, como si fuera para Briceño Iragorry, al mismo tiempo, lo que es el sonido para el músico el mármol para el escultor, el color para el pintor; hombre honesto y progresista, vale más por haber vivido mucho y diversamente que por haber permanecido con infecunda vestalidad al margen del error, pero lejos de la gloria de los contrastes y contratiempos que hacen al hombre más hondo, más real, más verdadero.

Al registrar complacido esta noticia, *El Heraldo* lleva el testimonio de su simpatía al doctor Briceño Iragorry, lo mismo que a su señora esposa doña Pepita Picón de Briceño Iragorry, cuya generosidad y discreción son el eje del hogar amable que ha servido de cuadro confortante a la tarea intelectual de su notable esposo.

sas y ello se hace tanto más fácil cuanto mayor sea la dignidad del instrumento que utilice y mayor la fuerza humana y conjugante de los conceptos expresados. Fomentar las disciplinas literarias y animar a los trabajadores de la palabra, es actitud que han de asumir los pueblos cuando aspiran a obtener una clara fisonomía que los exhiba con rasgos diferenciales en la historia. A Esquilo, como premio por haber escrito la Antígona, confió Atenas el mando de una galera que la defendiese de los persas; Augusto compartió con Virgilio el lujo de su nave imperial, como recompensa anticipada por el poema que el poeta preparaba en honor de Roma eterna. Del esplendor de la Acrópolis quedan apenas restos venerables, de la magnificencia romana subsisten sólo ruinas majestuosas; en cambio, Esquilo y Virgilio perviven en la conciencia universal y gobiernan con inmutable magisterio los cuadros de la cultura, y por las ideas que Virgilio y Esquilo sustentaron. Atenas y Roma mantienen la integridad del imperio en vano soñada por Alejandro y por Augusto.

Y si miramos a nuestro mundo nacional, decid, señores, ¿qué valen aquellos que obligaron a Baralt a alejarse de la Patria, ante la gloria del poeta y del hablista que aún dicta reglas al decir noble? ¿El recuerdo de los detractores de Juan Vicente González no dura apenas como ásperas piedras donde cimentó la fama del hombre que creyeron aniquilar? ¿Quién nota el paso de los tímidos que por halagar a Guzmán Blanco huyeron la relación con Cecilio Acosta, cuyo gran crimen, a los ojos del autócrata, era la firmeza de sus virtudes? Corren los tiempos, desaparecen los imperios, se siman los hombres en el polvo y de la gloria que ofuscó en alguna época la mente de los pueblos, sólo perdura lo que lleva el sello de las grandes conquistas del espíritu. Sobre el vaivén de los tránsitos históricos y calladas las voces discordantes que intentaron en vano asumir la dirección de la cultura, se alzan, con perfil de permanencia, las ideas que expresaron un estado de superación o que indicaron un modo de vivir en concordancia con los ideales de humanidad que son norte y vela del esfuerzo cotidiano.

Más que premio, estímulo son estos actos avivadores del ánimo de trabajo intelectual y ellos los necesitan y los reclaman con voz imperativa los pueblos que persiguen la realización de formas democráticas de conducta. Justamente en el libro honrado con el galardón que ahora recibo, censuro con dureza el que se haya dicho que fué José Tomás Boves el primer jefe de la democracia venezolana. Bajo ese signo infeliz lo democrático ha venido representando entre nosotros la subversión de las jerarquías de la cultura, y al amparo de tal concepto, han alcanzado patente de legitimidad los asaltos de la ignorancia y del terror. Por el contrario, la democracia, según la define admirablemente Thomas Mann, es el ejercicio político del intelecto, tanto como decir que el hombre para la plenitud de su función social, requiere de previo la práctica de sus atributos espirituales. Lo demás es la carrera del engaño mutuo y la apoteosis irreflexiva de los sentimientos subalternos. Vivir la democracia es conceder al intelecto el derecho de gobernar y dirigir los negocios públicos y abrir, al mismo tiempo, toda manera de posibilidades para que los individuos adquieran, a través de las disciplinas del estudio, la capacidad de ciudadanía que les permita tornarse en sujetos directivos.

Vengan, pues, en horabuena estas generosas iniciativas de los poderes públicos, que se empeñan en destacar la supremacía del trabajo intelectual: vengan ellas, desde la justa por llevar el alfabeto a los adultos que permanecen ayunos de las luces, hasta los torneos que fomentan las ciencias, las artes y las letras. Sin desmerecer los esfuerzos conducentes a elevar el nivel de lo económico y a poner a los ciudadanos en capacidad de recibir lo que necesitan en orden a la materialidad vital, el propósito de estimular los valores de la inteligencia, indica que la República quiere aventajar en la parte más noble de la actividad social; mas, al acrecentarla no debe seguir el viejo método suntuario que buscó los adornos de las letras y las artes para mero decoro de una ostentosa burguesía, sino conceder, en cambio, a la palabra como instrumento de "integridad del problema humano", la función de absolver las disyuntivas que intentan profundizar abismos en el suelo de la conciencia nacional.

Por ello, Señores, he creído que los muy distinguidos miembros del Jurado que concedió el premio, entre obras de notable precio, a mi libro sobre el Regente Heredia, más que por los escasos méritos literarios que pueden adornarle, fueron movidos por las palabras extrañas que en sus páginas reasumen vigencia responsable. Heredia, doblado de jurista y de filósofo, dejó un mensaje de permanentes dimensiones humanas: sobre el rescoldo del encono echó cenizas de piedad, contra las órdenes de venganza tuvo palabras de justicia, para evadir la guerra devastadora aconsejó la reflexión de la concordia. Anticipo en el horno de los odios de América de la misma voz del maestro de la no violencia que acaba de ser brutalmente asesinado por la intransigencia fanática de sus propios amigos. Heredia vió también cerca de sí el arma criminal que ha segado la clara y ejemplar existencia de Mahatma Gandhi. Ambos, como apóstoles sublimes de la causa de la humanidad, predicaron paz, justicia, concordia, voces llamadas a callar los pugnaces banderías que se niegan a comprender, allá como acá, que la Patria tiene un sentido religioso de fraternidad, que reclama olvido para las ofensas y magnitud en la generosidad reparadora.

Hogar del caído y del poderoso, alero del miserable y del afortunado, sombra para los regocijados y los tristes, todos por igual nos hallamos en el deber ineludible de ofrecer a la Patria la aportación de nuestras fuerzas. Sea cual fuere el sitio que nos corresponda en el campo de la dialéctica colectiva, obligados estamos a servirla, y de manera muy principal quienes tenemos la responsabilidad de las ideas; y en aras de su mejor destino, debemos hacer nuestro el voto del gran Cecilio Acosta, cuya imagen amable ha ocupado en estos días, memorativos de su nacimiento, la mente de la Patria: "Que las ciencias y las letras, decía el egregio polígrafo, se difundan tanto en nuestro país, que formen como una atmósfera social: que mis conciudadanos respiren por todas partes el aire de la civilización; y que sobrevenga por fin el reino de la paz, dicha y gloria a que está llamado, por índole y por suerte, un pueblo tan espiritual como Venezuela".

Señores:

Para terminar y rendidas las gracias más cabales al Jurado que me honró y al Gobierno que me galardona, dejad que de este pergamino que me recomienda con notoriedad pasajera ante mis compatriotas, haga idealmente un manojo de rosas blancas para colocarlo sobre la losa funeraria que ampara el sueño de mis padres. A ellos, Jesús Briceño Valero y María Iragorry, debo lo que soy en el orden de la vida material y en el orden de la vida del espíritu, y sean para prez de su memoria los laureles que coseche, sin que tampoco falte el recuerdo que en mis horas de éxito feliz he tenido para mi amada tierra trujillana, generosa siempre en darme estímulo y presta a ofrecerme por boca de sus más autorizados personeros, la voz expresiva de su constante afecto maternal.

¡Señores!

Mario BRICEÑO-IRAGORRY.

Caracas, 3 de febrero de 1948.

La lección de "El Regente Heredia"

(En *El Universal*. Caracas, 6 de enero, 1948)

Entre los intelectuales venezolanos de nuestros días, Mario Briceño Iragorry, sin duda, es uno de los que va ganando, con mayor seguridad, la atención y la devoción de sus lectores. No se trata de desmerecer la obra anterior de este noble trujillano, cuando por el contrario es magnífica expresión intelectual y acusa la voluntad firme de trabajo y la señera actividad de un espíritu llamado, en todo momento, por las voces superiores, por el reclamo levantado que es el único que conduce a las labores eminentes.

Lo que ocurre con Mario Briceño Iragorry es que ha llegado a ese plano superior, a esa meta de poderosa comprensión que es la conquista suprema del intelectual y que en él nos encontramos con que también ha perfeccionado su legítimo instrumento, ha enriquecido y depurado su estilo, ha logrado aquel donoso dominio que sabe traducirse en sencillez cabal, en elegancia natural que se desprende de excesos y se hace carne con la idea lealmente lograda. De todo esto que los libros últimos de Mario Briceño Iragorry, *La vida del Marqués de Casa León* y ahora el que nos llega, *El Regente Heredia o Piedad Heroica*, tengan un interés especial y nos hayan arrastrado, en su lectura, con el vértigo de los años juveniles, especialmente éste que nos viene con el año y del que acabamos de rematar la página final.

Pero no sólo interés sino emoción honda nos ha dejado la lectura de *El Regente Heredia* y un reguero de temas para meditar de esos que ahondan lo más profundo de sus raíces en carne viva de la historia y de la realidad de la patria. Hay en libros como el que comentamos una serena, una responsable preocupación por enseñar, que le dan una significación especial para pueblos como el de Venezuela, y ello sin que, por ningún respecto, se esté haciendo el sacrificio de la calidad, sea en lo intelectual o sea en lo literario. Lo que ocurre es que en las nuevas obras de Briceño Iragorry lo que quizás mejor se realiza es el logro filosófico, buscado, desde el comienzo, como lo apuntamos en ocasión anterior, al través de la preferencia por el ensayo y por el tema que vuelca el mundo de las inquietudes interiores.

El Regente Heredia no es, pues, una simple narración interesante, concebida y realizada con esmero de documentación cuajada de galas literarias de buena ley. Una y otra cosa las encontramos en este volumen, pero lo cierto es que se penetra mucho más y que se atien-

de a un llamamiento que viene de sectores más hondos de la conciencia venezolana, no para responder o contender en manifestaciones de la etapa presente, sino para levantar la dignidad de los principios, en la auténtica hora de la jornada y de la tragedia nacionales, para que algún día la patria pueda, efectivamente, dejar de ser el botín de los vividores y de los logreros, de los que en nombre, precisamente, de los principios, hacen feria del deber y del honor y abandonan el puesto que les está señalado hasta la totalidad del sacrificio y, por la fuerza, quieren, una vez más, cumplir el atropello de la verdad y de la justicia.

El personaje con que ahora quiere Mario Briceño Iragorry que se familiarice el pueblo de Venezuela, porque estos son libros escritos con el alma puesta en la formación del pueblo venezolano, entra de lleno por el camino de la justicia, que, salvo contadas excepciones, viene en ser el camino único de la heroicidad. Cuando no hay un propósito de justicia, aun la clarinada de los triunfos bélicos no suele ser otra cosa que el anuncio de la hora de las venganzas, de los odios y del botín y, muchas veces, en nombre de las aspiraciones más altas, que se están asesinando o siendo ultrajadas por el mismo pueblo al que se lleva por la ruta adversa. De la primera a la última página de *El Regente Heredia* alumbra el epígrafe de Romain Rolland, con la luz inmarchitable de la verdad: "No llamo héroes a los que triunfaron por el pensamiento o por la fuerza; llamo héroes sólo a aquellos que fueron grandes por el corazón. Como ha dicho entre ellos uno de los más altos: "no reconozco otro signo de excelsitud que la bondad". Cuando no hay grandeza de carácter no hay grandes hombres, ni siquiera grandes artistas, ni grandes hombres de acción; apenas habrá ídolos exaltados por la multitud vil; pero los años destruyen ídolos y multitud". Estas palabras encontrarán eco largo en las conciencias honestas, en tanto existen vencedores que, en alguna forma, pretendan respaldar cualquier forma de la injusticia, en nombre de principios que se están asesinando.

En nuestra historia, tan abundante en el tono subido de la epopeya y de la gloria militar, hacía falta un libro como *El Regente Heredia*. Su pensamiento y su espíritu los hemos encontrado más de una vez en páginas de nuestros grandes historiadores; pero había que sistematizarlos y había que presentarlos hermosamente expresados y en forma que gane el interés para que pudieran llegar hasta el corazón de nuestro pueblo. Se puede decir que este libro viene, entre otras cosas, a llenar un vacío que se dejaba sentir dolorosamente en el alma popular venezolana. Este varón, que es el héroe de la justicia, enfrentado categóricamente contra el desmán y el atropello vencedores, que le cierra el paso, en nombre de la dignidad humana y del derecho a las lanzas implacables, este héroe, constantemente amenazado y perseguido porque no pone su toga y su autoridad al servicio del odio y de la saña triunfantes, tiene todavía muchas peleas, muchas batallas que ganar en las tierras de nuestros campos y en las plazas de nuestras ciudades, como, seguramente, que ya las tendrá ganadas en el corazón de las gentes del pueblo, de esos hombres humildes que son los primeros damnificados y que el destino trágico ha querido que, en la mayoría de las veces, hayan sido los instrumentos dóciles de sus más tremendas desgracias.

Pedro SOTILLO.

FÁBULAS INOPORTUNAS

Por *Víctor ALBA*.

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor, en México, D. F. Febrero de 1948.—*Concluyen;* véase la entrega anterior).

6
LA MEJOR TIERRA

Era un hombre que se quería hacer una isla para vivir en ella. Fué a ver a un especialista en hacer tierras —una especie de alfarero de continentes y le dió el encargo.

—¿Cómo la quieres?

—Quiero una isla que dé gusto vivir en ella, que haga que sus habitantes le encuentren placer a la vida, tanto en medio de los dolores como en medio de las penas.

—Podemos hacerla de tierra verde, que da la esperanza.

—No, que esperar es no tener nunca nada.

—Pues de tierra ocre, que da saber.

—No, que con el saber se encuentra gusto al placer, pero no de la pena.

—De la tierra azul, que da amor.

—No; que el amor va y viene.

—Entonces de tierra amarilla, que da la resignación.

—No; que los resignados siempre pierden.

—Pues de tierra jacinto, que da la valentía.

—No, que los valientes acaban encontrando un cobarde que los hace parar.

—Quizás de tierra gris, que da la fuerza.

—No, que la fuerza se acaba.

—O de tierra dorada, que da la riqueza.

—No, que se pierde.

—De tierra blanca, entonces, que da la virtud.

—No, que es una leyenda inútil.

—¡Ya sé! La haremos de tierra roja que da el orgullo.

Le pareció bien, y la tierra fué hecha con tierra roja que da el orgullo, y en ella los ricos estaban orgullosos de ser ricos y los pobres de ser pobres, y los sabios de ser sabios, y los tontos de su tontería. Eso hacía que siempre hubiese luchas en la isla. Y por eso sus habitantes le encontraban placer a la vida.

7
EL VIENTO Y EL CIPRES

El viento le decía un día al ciprés:

—Me das lástima, hermano. Te esfuerzas para subir, para llegar hasta las nubes: hasta creo haber oído en mis correrías por debajo de las puertas, que los hombres te llaman altivo y majestuoso. Pero a mí, que te veo desde arriba, me das pena. Por muy profundo que arraigues, viene un huracán y te descuaja, una ventolera y te dobla... Los hombres te ponen en fila, como una muralla, para detenerme, pero no han de lograrlo nunca: pasaré por entre tus ramas y mi voz se volverá música y me llevaré al volver a remontarme hacia el sol, el recuerdo del cantar de los pájaros y del aroma de las flores. Dicen que eres el símbolo del orgullo: yo no sé si el ser orgulloso es provechoso o no lo es, pero a mí me parece más bien la imagen de la fanfarronería...

Y el ciprés le respondía al viento, en su lenguaje verde de hojas temblorosas:

—Podrás doblarme, pero siempre volveré a levantar cabeza cuando hayas pasado. Yo toco de pies en el suelo, en la tierra y saco de la tierra toda mi fuerza y aun la fuerza que me das. Tú, en cambio, pasas, te vas y te pierdes... Aunque me arranques todas las ramas, no lograrás abatir mi tronco. Y pensando hacerme daño me harás el gran bien de esparcir mi semilla; gracias a ti, pronto habrá un bosque entero de cipreses, contra el cual nada podrás, que te convertirá en una mansa brisa y que se divertirá con tus silbidos y tus remolinos.

Pero el viento ya estaba lejos.

8
LOS ESTADISTAS DE LA PIARA

Fuese, un día, que los componentes de una piara, oyeron que su gañán le decía a otro, hablando de un usmero del pueblo: a cada puerco le llega su San Martín.

Aunque no iba por ellos, los puercos se alarmaron y la alarma les hizo cavilar. Todo eran grupos en los que se reñía con pasión y sin tino. Las bellotas se iban amontonando, porque decidieron, al principio, no comer pa-

ra que, viéndoles flacos, no les aplicaran el proverbio: que muchos hay que por temor a la muerte, prefieren perder la vida.

Pero hubo uno, estadista famoso en su raza, que gruñía con menos frecuencia y en tono mayor, que propuso el remedio. Las bellotas pasaron a formar jamones y el sol volvió a envidiar, en la aurora, las sonrosadas pieles de los animales ya tranquilos.

El pueblo era pequeño y así, aquellos jabalíes domesticados pudieron entrarse por todas las casas y alcanzar los calendarios que colgaban de las paredes, manchados de moscas y de lentejuelas. El día once de noviembre —San Martín— la piara durmió tranquila segura de que, habiendo hecho desaparecer el santo del santoral, su hora se retrasaba de un año.

Pero vino el hambre a hurgar en la memoria de los labriegos, que nada como unos caninos ociosos hace trabajar la mollera, y con la memoria el recuerdo de San Martín y con el recuerdo del Santo, el afilar cuchillos y el hacerse la boca agua.

Y a todos los puercos son fiadores y seguros de su gran política, les llega su San Martín.

9

LA EXPERIENCIA

Un gato viejo le decía a un gato joven, que quería salir a cazar ratones:

—Fíate de mis consejos. Yo tengo más experiencia que tú, he vivido muchos años...

Y el gato joven le contestó al viejo:

—Ayer, hablando, la tortuga del jardín me dijo que tenía cerca de 200 años. Y yo, en una semana como más que ella en toda su vida...

—Sí, pero...

—Hoy, el papagayo que vive en el salón me ha explicado que el mes que viene cumplirá los 150 años. Y siempre le he oído decir, en el lenguaje de los hombres, las mismas palabras.

—¡Bah! Eres joven y no sabes escuchar. El papagayo escucha todo el día y aprende mucho de la vida de los hombres.

—¿Y de qué le sirve, si no sabe hacerlo valer?

—La tortuga no pone nunca un pie en falso porque no tiene prisa.

—¿Y de qué le sirve, si apenas se mueve?

—Yo he viajado mucho...

—El papagayo ha cruzado el mar y la tortuga también.

—Yo he estudiado mucho. Conozco los libros de los hombres y la historia de los gatos.

—También los ratones saben la suya, y los cazamos...

—Yo he amado y he recibido mucho palo...

—Entonces explícame cómo se evitan los golpes y cómo se hace un querer.

10

BAJO EL OBJETIVO

Unas bacterias, a las que el cristal de aumento del microscopio valora orgullosas, hablaban un día vigiladas por el ojo descolorido de un sabio, sobre sus méritos y trabajos.

El sabio las veía moverse, ondulando sus cuerpos de signo ortográfico y no sabía que aquellos movimientos eran ademanes. Mientras el claro cerebro del biólogo imaginaba una "teoría ondulatoria de los micro-organismos", que ha llegado a ser famosa, el vidrio del porta-objetos, escuchaba, con sus orejas transparentes, las voces inaudibles de las bacterias.

—Tú —decía una— matas a los hombres, envenenas su sangre, les conviertes en figuras de marfil... yo, luego, descompongo su piel, sus entrañas...

—Bien cierto —respondía la otra—. Es verdad que yo mato a los hombres, pero también es verdad que, gracias a mí, el noño zumo de uva fermenta y así los hombres al beberlo, me deben su valentía, sus ratos de no ser razonables...

—En cuanto a mí, el otro día oí cómo un "gourmet" aseguraba que el queso de Cammembert, que yo pudro y hago apestoso, es uno de los placeres más refinados del paladar.

—¿Y quién es capaz de entender a los hombres? Unos, como este sabio que nos tiene aprisionadas entre vidrios, se gastan los ojos fisgoneando nuestras vidas, para descubrir la manera de hacernos la guerra, de destruírnos a millones, porque dicen que somos un peligro.

—Y otros hombres en cambio, se pasan las horas en cultivarnos como si fuéramos flores extrañas, nos hacen crecer y multiplicarnos por millones, para que demos sabor a sus mostos, a sus quesos...

—¿Quién podrá comprender a los hombres?

—¿Quién podrá saber lo que es bueno y lo que es malo?

Diciendo esto, las bacterias se despidieron, curvándose totalmente como signos de interrogación. Y el sabio, que tenía muy abiertos sus ojos engastados en oro y cristal, anotó en un papel lleno de fórmulas:

—Las bacterias son ignorantes... Siempre están preguntando cuándo las ponemos bajo el objetivo de nuestros microscopios.

Pero las bacterias todavía aguardan la respuesta de los hombres.

11

EL TOPO

El minero sube por un estrecho camino. Lleva un hatillo bajo el brazo y con la mano derecha intenta limpiarse el polvillo negro que encharca las uñas de la izquierda.

—¿Para qué? —piensa— si dentro de media hora estaré igual...

Pero sigue torturando su piel de plomo.

El imán de un ruido le hace ver un topo que cruza el sendero. El minero se detiene y mira al animal, que con sus patas sonrosadas escarba en el suelo negro, que no es lo bastante tierno para florecer, ni bastante carbón para quemar.

Ve cómo el pequeño cuerpo gris —un blando cojín de pelos cenicientos— se pone tenso y se agita, cómo las uñas arañan las piedrecillas y cómo con el morro de un rosa sucio y brillante, hoza la hondura del agujero que poco a poco va abriendo, mirando su trabajo con los ojos táctiles de su piel húmeda.

El animal está al alcance de los fuertes zapatos del minero. El hombre tiene deseo de aplastarlo, de sentir crujir sus huecesillos bajo las suelas de madera. Pero no se mueve.

—¡Bah! ¡Pobre bestia! Toda la vida metida bajo tierra, ciega y aburrida... ni siquiera me estorba.

Y sigue su camino.

Se cruza con el Ingeniero y lo saluda; luego, el capataz. Llega a la boca de su pozo, coge su lámpara, baja hasta lo hondo de su pozo donde hace calor y la luz sólo sirve para ver.

Acabada la jornada, vuelve a pasar, de regreso, por el mismo camino. El aire de la tarde se lleva un leve polvillo negro de su cara gris y le hace lagrimear. Se cruza con el Ingeniero y le saluda; saluda, luego, al capatáz.

Al pasar por el sitio donde por la mañana miró al topo, le ve tendido haciendo centinela a la puerta de la galería que sus patas sonrosadas abrieron. Las patas, ahora están rojas y el morro, blanco de espuma. El cuerpo ceniciento tiene llamaradas de arcilla.

—Alguien le aplastó —se dice el hombre—. ¡Bah! Pobre bestia, toda la vida bajo tierra, ciega y aburrida...

Y el minero sigue andando sendero abajo. Una leve nube de carbonilla queda flotando detrás de él, que el viento se ha llevado al peinarle los cabellos.

12

LOS PROVERBIOS Y LOS NAIPES

Era en la cámara más alta de una torre, un sabio de nunca acabar. Sabía toda clase de cosas y había gastado muchos días de su vida y todos los caudales de su hacienda en viajar buscando proverbios y dichos de las gentes. Daba dinero a quien le traía uno que no conociera, y así llegó a llenar plúteos y anaqueles.

Los repasaba y ordenaba con tanto cuidado tantas veces, de un cabo del año al otro, que acabó por sabérselos de memoria. Estos menesteres le agobiaban tanto, que descuidó la heredad y vino a parar en pobre. Hasta que una tarde el alma que le guisaba, le avisó:

—Mi amo, para mañana no hay gallina en el gallinero, ni pernil en el desván, ni clarete en la bodega...

El repasó sus faltriqueras, y como resultado de la exploración, acabó la frase:

—...ni doblas en la bolsa.— Irguióse súbitamente y añadió: —¡Pero las habrá!

Rebuscó ávido en sus cartapacios, en cuyas etiquetas se leía: "Refranes de juego".

Llenóse los bolsillos de papeletas y fuése a pedir prestado a un amigo que allí a la esquina vivía.

Obtúvolo y con ello llegóse ligero como si ni el oro ni los años le pesasen, a una tasca de la misma calle, en donde se jugaba a

los naipes en todas las mesas, a todas horas y por todas las gentes.

Metióse en un corro, diéronle mano, miró sus cartas, vió un as, recordó el proverbio "juega el primer as y no lo perderás", jugólo y perdió.

Volviéronle a dar juego. El refrán "as en puerta, rey a la vuelta", hízole tirar una carta que él no y perdió de nuevo.

Así, de refrán en proverbio, fué dejando en la mesa las doblas prestadas, y luego el reloj y las sortijas y un libro que llevaba en el bolsillo y hasta un diente de oro y la montura de plata de sus lentes profesorales. Acabó perdiendo la cabeza y con ella la memoria de todo su refranero. Quizás por esto ganó a última hora unos cuantos para poder ir al día siguiente a una gaceta y poner una esquela: "Se vende colección de refranes a precio de lance".

En llegando a su cámara de la alta torre, halló sobre la mesa olvidada una papeleta en la que, en bella letra redondilla, había escrito un proverbio de juego: "De enero a enero, el dinero es del banquero".

Y entonces se lo explicó todo.

Yo quisiera ser banquero, con estas fábulas, en la timba de los consejos.

CARTAS Y COMENTARIOS

(En el *Rep. Amer.*)

San José, 3 de mayo de 1948.

Honorable Consejo Universitario.
Pte.

Honorables señores:

Hoy he asistido a una reunión de la Facultad de Ciencias, en la cual he podido apreciar, con dolor, el espíritu de grosería y de injusta revancha de que vienen llenos alumnos y profesores del grupo de los vencedores en el reciente conflicto político-militar. Frente a tal espíritu no cabe a los vencidos entre los que me encuentro yo ninguna posibilidad decente de defensa. En una lucha así, no valdrá la razón: lo único que se impondrá será el deseo ciego de los que piden nuestro aniquilamiento.

Yo he pertenecido a la Universidad aun antes de que ella renaciera al impulso del régimen caído; di lecciones en la escuela de Farmacia desde el año 1932; luego he enseñado en la escuela de Agricultura, en la de ciencias y en la de Ingeniería y siempre, lo digo con orgullo, le di a mis lecciones toda la altura que se les puede dar en nuestro medio; impuse nuevos métodos, organicé laboratorios y escribí textos con que obsequié a la Universidad. Pero hoy se me cobra mi credo político-filosófico, mi lealtad a mis honradas convicciones, mi modo de pensar. Frente a la situación que acabo de describir no caben razonamientos y es por eso que para evitarle dificultades a la Universidad y además para dejar el campo libre a los que con este interés pudieran intentar ahora aprovechar contra nosotros la juvenil exaltación de importantes sectores del estudiantado, vengo por este medio ante ustedes a pedir que se me tenga como separado de todas mis lecciones en esa entidad.

Tiempos mejores vendrán en que apagadas las pasiones y en un plano de verdadera Democracia y comprensión pueda defenderme de los cargos que hoy injustamente se me hacen —y espero que entonces sean los mismos que hoy me acusan los que reconozcan lo errado de su posición de ahora— y espero que entonces valdrá el esfuerzo dedicado a una labor de beneficio colectivo. Por eso al retirarme de la Universidad no siento amargura ni desilusión; me aparto lleno de fe en que las verdaderas fuerzas constructivas de la nación, serán las que rehagan y orienten nuestro país hoy devastado y desmoralizado por la guerra, el odio y las persecuciones; lleno de fe en que el espíritu de mezquina revancha frente al vencido sea pasajero, para que así todos los costarricenses podamos respirar el aire de libertad y pueda en nuestra patria llegar a ser realidad ese lema tan repetido hoy: *Una Patria libre de temor y de miseria para todos los costarricenses.*

De usted atento y seguro servidor,

f.) *Fernando* CHAVES MOLINA.

San José, 3 de marzo de 1948.

Señor don
Joaquín García Monge.
Director de *Repertorio Americano.*
Pte.

Muy estimado don Joaquín:

En su *Repertorio* del sábado 14 de febrero último, he tenido el placer inmenso de leer el poema *Las Voces del Silencio* de don Ramán Jugo.

Mil felicitaciones tanto para usted como para el autor, por dicha publicación, cuya lectura, es un verdadero y refinado goce para el espíritu.

No sólo hay en el poema música de ritmo, sino además, vuelo imaginativo, preciosas ideas, lindas y delicadas figuras y expresiones, sino también, soltura en su construcción y admirable maestría. La sencillez y donosura, la facilidad y elegancia del autor, son un verdadero regalo para quien lo lee, máxime en estos tiempos en que parece que todo lo clásico, lo realmente bello, es víctima de la ráfaga de locura, pedantería y mediocridad, por la enorme cantidad de ineptos, que sin preparación, sin sentimientos, sin ideas, se han metido a hacer versos, que ni dicen, ni suenan y no tienen ni pies ni cabeza.

Desde luego aplaudo su doble y conveniente actitud de propiciar la publicación de lo compuesto por nuestros poetas, pero escogiendo lo que realmente vale.

Con mis mejores deseos de siempre y mi más distinguida estima para el recordado Maestro y apreciado amigo, quedo affmo. servidor,

Raúl UGALDE G.

San José, mayo de 1948.

Estimado don Joaquito:

Hace unas cuantas semanas el Profesor don Juan Hernández me facilitó para que lo leyera este cuento de Magón, Apuesta Morrocotuda, *que no aparace en la recopilación de las obras de este autor recientemente publicadas.*

Como conozco su interés por todo lo que salió de la pluma del autor de La Propia *y como este cuento no pierde actualidad —además de que tiene el humor y el dolor que tan maestramente supo expresar Magón— se lo he copiado tomándolo de un cuaderno en que a su vez lo*

Gandhi no ha muerto

(Atención de la autora, en Santiago de Chile)

La mano asesina que sin pensar en lo que hacía creyó matarlo, olvidó que la bondad y la belleza nunca mueren; y que el Maestro con la fuerza de su espíritu continuará iluminando la Tierra y pidiéndoles paz a los hombres, para que no la conviertan con su ciego egoísmo en un hacinamiento de escombros.

¡Salve a ti, oh Maestro!, en la seguridad de que tu recuerdo será inmortal.

Margarita de CHOCANO.

copió el estimable amigo profesor J. Hernández, para que, si es del caso, lo incluya en algún próximo número de Repertorio. *Usted verá que el cuento vale la pena! ¿Por qué no se le incluiría en las Obras completas de Magón? ¿No lo conocería nuestro amigo José María Arce?*

El profesor Hernández lo copió de La Prensa, *en donde aparece publicado en el número de 20 de mayo de 1927; así que en este mes se cumplen veintidós años de su publicación.*

En estos días que corren no todo ha de ser tribulaciones y penas, ya ve, querido don Joaquito, algunas horas de recreación me han sido dadas para gozar de este admirable Magón, que sin saberlo nos da la razón de la lucha por nuestros campesinos sin tierra, miserables y desamparados. Deseándole mucha salud le da un abrazo su estimador de siempre,

Carlos Luis SAENZ E.

*

Bon Repos,
Playa de Puntarenas, Costa Rica,
enero de 1948.

Señor
don Luis Villaronga.
San Juan de Puerto Rico.

Mi buen amigo:

A su tiempo recibí su libro *Alas victoriosas*, y, como que entonces no podía leerlo con la atención que siempre quiero poner a la lectura, lo dejé para las vacaciones de enero en este ranchito que me hice a la orilla del mar. Así, pues, frente al Pacífico —antinómico de Atlántico— he leído su libro escrito hace la friolera de veinte años. Pensé hallar en él a otro Villaronga, y no: usted es aquél y aquél es usted: son uno solo. Y es que uno nace como es; no se hace como se es. Un pillo ya nace siéndolo, hasta un loco ya viene al mundo con la dolencia: un idealista, pues, viene con la credencial bajo el brazo. Usted lo ha sido siempre. La misma nobleza, la misma espiritualidad, la misma sed y hambre de amor eterno, están en su libro de mozo; pero, con más fuerza manifestados, con más potencia exaltados.

¿Qué me gustó más? Usted. Usted que está en cada estudio y cada estudio es usted. Como que su afán es global, quiere la justicia, quiere el bien, quiere la belleza, quiere el reino del espíritu... y ahí están sus anhelos, en *Azul* que le salió en verso, sin darse usted cuenta; *Ideario Moderno, Anatole France, Del vivir eterno, Cartas a Jocelyn.*

Los contemplativos estamos solos, porque no podemos estar con otros, excepto aquéllos que lo son como nosotros. Nuestra alma supersensibilizada se siente llamada por múltiples motivos que requieren meditación, paz y, sobre todo, silencio. Pero huímos del silencio absoluto porque es negación. Nos agrada este canto del mar, el arrullo de la paloma, el ruído del agua al caer por entre rocas... Pero lejos, bien lejos del ruído de lo que llaman ciudad: de silbidos heridores, de músicas horrorosas, de conversaciones tontas, de golpes de claxones...

Adelante, luchador de Dios, adelante. Muchas veces nos sentimos solos, pero, de un apartado lugar nos llega la expresión de una alma que nos avisa que está en comunicación con nosotros.

Y cónstele que aquel miedo al ridículo que usted sintió de niño y que también sentí yo, no es sólo sentido del ridículo, sino de la responsabilidad. Creemos, cuando pequeños, que los señorones y señoronas que desfilan ante nuestros ojos atónitos, son gente auténtica, llena de hombría global, y por esto sentimos miedo al ridículo ante ellos; pero luego, por desgracia nuestra, nos percatamos de que no son otra cosa que sombras sin valor que quieren representar personajes de vida efímera en una comedia bufa. Y reímos y lloramos al mismo tiempo. Reímos por nuestro miedo al temor de no llegar a ser y lloramos al ver que todo es mentira, y que los valores humanos sólo tienen cotización en los centros materialistas.

Tal vez, un día, tenga la dicha de seguir, por un rato, de su mano, la senda de esta ó de otra vida —que sólo es una— y entonces, cantando, avanzaremos ya sin zozobras ni vacilaciones, inundados de luz, para la que Dios nos ha dado estos ojos nuestros que son trasunto de otros.

Tenía ya esta carta preparada, cuando me llega su otra nueva dádiva, *Contemplación*. Le di un tiempo mientras leía su nuevo libro, en el que no hallé nada nuevo, porque usted ya se da a conocer en el primer escrito que uno ojee, de usted. El panteísmo suyo es un santo panteísmo, es el de las grandes almas: Maragall, Heine, Spinoza... En cada cosa está Dios y ninguna cosa es Dios, aunque es de Dios. Es un libro para unos muy pocos escogidos. Respecto a él, me permito preguntarle: ¿conoce usted el *Canto espiritual* de Maragall? Si es que no, búsquelo, se lo recomiendo, pues verá que era tánto el amor que sentía por las cosas de la Naturaleza, que le dice a Dios que es difícil que después de esta vida pueda ver algo mejor.

Gracias, estimado amigo. Con un abrazo de su invariable,

Lorenzo VIVES.

EXPERIENCIA SENEQUISTA...

(Viene de la pág. 348)

diz de hombre. Roma y sus palacios intrigantes le enseñarán más que la voz emocionada, confidencial, humana —solitariamente humana— de Lucio Anneo Séneca. ¿Qué hará éste frente a la derrota? ¿Abandonará al mal discípulo? ¿Buscará el retiro para su vocación de pensador sin fatigas? Todavía no. No es ese momento. Hay algo que hacer. Quedar cerca del mozo que asciende a la tiranía, permanecer junto a su trono, cuidar que el soñador de mando, que la fábrica de crueldades, no desborde. Fiscal íntimo de Nerón. Así se quiso el español Séneca. Así, quedar en Roma. ¿Triunfará esta vez? Séneca ve el crimen y no puede impedirlo. Séneca ve la crueldad y no puede evitarla. El tirano desborda en crímenes y crueldad. La intriga palaciega hará, siempre, más que la fiscalía senequista. Don Francisco de Quevedo lo supo decir en lenguaje fotográfico y en defensa de su connacional, asegurando que el tirano si tuvo "por maestro al mejor hombre de la gentilidad y por asistente el apóstol escogido desde el cielo, él se acompañó de mimos, gladiadores, faranduleros, bufones y alcahuetes". Es la compañía del tirano. De todos los tiranos. Es en vano, Séneca. Esta vez, te alejarás del hijo de Agripina. En el tratado "De la tranquilidad del ánimo", el maestro hará recuento de las posibilidades que le restan: "mi ánima le agrada más encerrar la vida entre las propias paredes". Al lado del tirano, resultará ser —acaso estaba siendo— el socio de sus crímenes, de sus crueldades. "Si la república —escribe en aquel tratado— se encuentra tan corrompida que no hay posibilidad de remediarla, si desaparece ahogada bajo los males, el sabio evitará esfuerzos inútiles y no se sacrificará sin provecho". Por eso, pedirá a Nerón la venia para el retiro. "César, catorce años hace que estoy asociado a tus destinos, y ocho que gobiernas el Imperio". Plazo suficiente. El maestro devuelve al discípulo imperial todas las riquezas que reunió a sus lados. Se quedará con su alma. "Todo el tiempo —le dice— que me roba el cuidado de mis jardines y mis villas lo restituiré a mi alma". Y, en verdad, era un duelo entre el tirano y el alma. Si Séneca quedaba al servicio del tirano, ésta se le iba, se le moría, lo dejaba sin ella. Si Séneca consigue ir a retiro, el alma se recobra. Y como el tirano es, siempre, un destructor de almas, no consentirá que el maestro libere a la suya. Y para Séneca comienzan nuevos dolores, nuevas vergüenzas, nuevas servidumbres. Aspira él a quedarse con su alma e hizo todo lo posible para que así fuera. Quedarse con su alma, iba a significar quedarse sin vida. Un día, se queda sin vida. La muerte le venía por secreto de Nerón, su mal discípulo. Fin de Lucio Anneo Séneca, el español cordobés, que quiso poner su sabiduría como fuerza de equilibrio a la pasión del tirano, dejando lecciones en texto y en vida. Con el tirano, nada es posible hacer por el bien. Nadie que se sepa hombre, se acerque al tirano.

PRIMERA MEDITACIÓN FRENTE AL LAGO TITICACA

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor, en la Legación de la Rep. de Guatemala en Bs. Aires)

(Al Dr. J. Antonio Encinas, ex-Rector de la Universidad de San Marcos, y Maestro de Maestros).

Aquí viene el presuroso correo de las siembras
a descalzar sus cartas que llegan en zapatos
de sobres de semillas, a la boda del mástil
y el perfil del indígena troquelado en la luna:
por espinas sus dientes y el blanco de sus ojos
abiertos para mirar, para mirar, para mirar a todos
los que lo atan, lo humillan y lo muerden;
por aletas el silbo de sus pulmones, mares de fatiga,
y por su estar siempre salóbrego en piel de sal,
de sal de él mismo que se sale en la sal de su cansancio,
cuando enjuga el cielo la sombra de la tierra
y a él le muda ese pellejo de hombre trabajado
por un dulce sentido, fresco baño de serena y madura
manera de alba y fruta.

El que es indio bien sabe lo que esto significa:
es ser de aquí, de donde es América;
la primera cosquilla del llanto y de la brisa,
lo que combate en fauces de la duda,
lo que desemboca desbocándose,
amasado con todo lo que alienta, desalienta y conduce
a la bondad profética del hombre
que al ver, suelta los ojos, al oír, suelta el oído,
y al sentir se suelta él mismo de sus entrañas mudas
a las suaves y astutas vecindades
del agua recostada ya en su aliento.

No sé por qué he venido a estudiar el trino,
si aquí se estudia miel, la miel del cielo,
aquí bajan reflejos de los montes
olorosos a yerbas veteranas...
(¡Oh la libre raíz de un pensamiento
de flor en ramos del aroma!)
¡No comprender el duelo en que se vive lo gozado!
Se va quedando el gozo atrás de úno,
y el gasto de las uñas que se cortan y cortan
igual que los cabellos, con tijeras.

La vida de la puna en el paisaje
va de viaje conmigo hoy mismo, hoy mismo,
comunicadlo a mis amigos,
a los espectros de mis estudiantes y mis niños,
a las mujeres de mi carne,
y a la humedad del suelo que llevo
en la planta de los pies cicatrizada,
después que me arrancara de mi tierra
al costo de no estar nunca en un sitio,
por el peligro de volverme árbol.

¡Corro el peligro de volverme árbol y por eso me voy,
mañana mismo, hoy mismo, en este instante
que puede ser fatal para el que vive
con la piel de la hoja, siendo humano!

¡Cortad, cortadme las raíces con los filos más hondos
con las hachas más duras, y cortadme las ramas
con los filos del canto!,
para que no se multipliquen mis raíces aquí,
mis raíces de subconsciente vegetal,
porque mi ser ha sido otro,
tiene piel ya quemada de corteza,
la saliva de jugo de fatiga,
las narices de zumo,
el pelo de pelo de nopal,
ya cabellera cana de cacique,
y todo el engranaje de mis dientes
de risa de mazorca conseguida a favor de los tomillos,
la tímida hondonada y la honda de pita pendenciera.

¡Cortadme las raíces, las ramas y la sombra!

Miguel Angel ASTURIAS.

Lima, 1948.

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — **E. Mía de Hostos.**

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — **José Martí.**

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

El FONDO DE CULTURA ECONOMICA de México, D. F. (Pánuco, 63) se anuncia con estas obras:

Clarence Fielden Jones y Gordon Gerald Darkenwald: *Geografía Económica*. Versión española de Teodoro Ortiz.

(Sigue este plan general: Ocupaciones. Así: caza, pesca, recolección de productos forestales, explotación de los bosques maderables, pastoreo, agricultura, minería, industria, transportes y comercio).

Eugenio Schreider: *Los tipos humanos*. Traducción y prólogo de Juan Comas.

(Se ocupa esta obra de los tipos somáticos, psíquicos, y somato-psíquicos). (Un libro realmente de verdadera importancia para el gran público como para los profesionales).

Enrique Díez-Canedo: *Letras de América*. En las valiosas ediciones de EL COLEGIO DE MEXICO (Pánuco, 63. México. D. F.)

Y señalemos las JORNADAS, del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México. Van publicadas 19, a cual más importante. Hemos recibido:

Nº 12: José Gaos: *El pensamiento hispanoamericano*.

Nº 15: José E. Iturriaga: *El tirano en la América Latina*.

Nº 19: I. *Integración política de Ibero América* (en colaboración) y II. *Política Internacional de la América Latina* (texto de Antonio Castro Leal).

En las últimas ediciones de la Editorial LOSADA (Alsina 1131. Buenos Aires. Rep. Argentina):

En la *Biblioteca del Pensamiento Vivo*:

El pensamiento vivo de Juan Luis Vives. Presentado por John Dewey. Traducción directa por Luis Echávarri.

El pensamiento vivo de Séneca. Presentado por María Zambrano.

El pensamiento vivo de Juan Luis Vives. Presentado por Joaquín Xirau. Las traducciones de Vives fueron hechas por L. Sánchez Gallegos y José Ontañón.

El pensamiento vivo de Claude Bernard. Presentado por Jaime Pi-Suñer.

En la *Biblioteca Contemporánea*:

Germán Arciniegas: *América, tierra firme*. Sociología.

Alejandro Casona: *La dama del alba*. Retablo en cuatro actos.

Juan Ramón Jiménez: *Eternidades*. 1916-1917.

Juan Ramón Jiménez: *Antolojía poética*.

En la *Biblioteca Filosófica*:

Emilio Oribe: *Teoría del nous*.

(El eminente pensador y poeta uruguayo indaga fervorosamente la índole del espíritu en penetrantes aforismos y densos ensayos).

Charles Renouvier: *Los dilemas de la Metafísica pura*. Traducción directa de José Ferrater Mora.

(La experiencia metafísica del Occidente recapitulada por un filósofo genial en sus últimas contraposiciones.

Lo absoluto y lo relativo, lo condicionado y lo incondicionado, lo limitado y lo infinito, la cosa y la persona, la necesidad y la libertad).

Atención de la autora, la señalamos:

María Rosa Lida: *Introducción al teatro de Sofócles*.

En la colección *Estudios Literarios*, dirigida por Amado Alonso.

Otra atención, que también agradecemos mucho:

Norah Lange: *Antes que muera*. En la colección *Prosistas de España y América*.

En la nueva serie *Monografías de Arte*, la número 2 de la *serie americana*:

Giselda Zani: *Pedro Figari*.

En la serie *Novelistas de España y América*:

Las tres ratas, novela del novelista ecuatoriano A. Pareja Díez-Canseco.

En la serie *Biografías históricas y novelescas*:

Marcel Brion: *Miguel Angel*. Traducción del francés por Pedro Lecuona.

En la *Biblioteca Pedagógica*:

Arturo Stossner: *Psicología Pedagógica*. Traducción del alemán por Julia Rodríguez Donilewsky.

Otros libros distribuídos por la Editorial LOSADA:

R. Lebelle: *Antología del Teatro de Shakespeare*. Con argumento, análisis y notas. A cargo de José Luis Busaniche, la adaptación castellana de esta Antología. Las traducciones son de Luis Echávarri, R. Martínez Lafuente y Cipriano de Montoliú. Editorial Solar. Buenos Aires.

Sir John Murray: *El Océano*. Traducción directa por Werner Schiller. Biblioteca *Conocimiento*. Pleamar. Buenos Aires.

(Revelaciones asombrosas de la moderna oceanología animal y vegetal).

Horacio J. Harrington: *Volcanes y Terremotos*. Biblioteca Conocimiento. Pleamar. Buenos Aires.

(En las páginas que siguen procuraremos exponer de manera sencilla las ideas modernas sobre los sismos y volcanes, sus causas y orígenes, características, mecanismo y efectos, sin recurrir a fórmulas matemáticas).

Gustavo Adolfo Bécquer: *Rimas*. (Primera versión original). Poema de Rafael Alberti y Prosa de Juan Ramón Jiménez.

Editorial *Pleamar*. Buenos Aires.

(Un acontecimiento: Por vez primera, la versión auténtica de las *Rimas*, tal como salieran de la mano temblorosa de Bécquer. Cuadros, retratos, autógrafos y dibujos originales del poeta).

*

Traza el señor Mejía Nieto en estas páginas una biografía singularmente directa y completa del famoso estadista que presidió la desaparecida República Centroamericana. Pensador y emancipador, Morazán aparece en este libro como un hombre de la talla de Hostos, pero con quien se ensañó su patria, y como el iniciador en América Latina de las instituciones liberales. Hábil político, hábil reformador, a él se le debió la inspiración en su tierra de la libertad de pensamiento y cultos, la reforma de la instrucción pública, las leyes innovadoras sobre hacienda, el fomento de la agricultura y la abolición, en fin, de todas las formas de privilegio. Gran liberal, espíritu cultísimo, fué, en sumo grado, un emancipador social.

Después de pasar prolija revista a los antecedentes históricos de Morazán (primitivamente Morazani), el señor Mejía Nieto estudia cronológicamente las etapas de la independencia de la América Central desde los primeros gérmenes sediciosos y desde el Acta de la Independencia y anexión a México hasta la consumación de la Federación Centroamericana. Al cabo de esas páginas documentadas, que culminan en la historia de la anexión y separación de México, analiza el autor la implantación y desquiciamiento de las instituciones, la obra de Morazán, el testamento y suplicio. La personalidad de este hombre eminente que surgió al dislocarse la Federación Centroamericana en cinco repúblicas recelosas y hostiles, aparece a través de la evocación del señor Mejía Nieto dotada de gran relieve, subrayados los aspectos cardinales de su acción y de su carácter. De ahí que esta biografía, cuidadosamente expuesta en las partes de historia pura, alcance dramaticidad novelesca al reflejar las peripecias culminantes de la vida de aquel estadista.

(En *La Nación*, de Buenos Aires).